

7261

E-98-
LOOR



17

Los Españoles en Manabí.

POR
WILFRIDO LOOR



1935.

PORTOVIEJO. - ECUADOR.

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE DIARIO MANABITA.

Los Españoles en Manabí.

POR

WILFRIDO LOOR



1.935.

—
PORTOVIEJO.—EGUADOR.

TALLERES TIPOGRAFICOS DE DIARIO MANABITA.



Los Españoles en Manabí

I

La primera visita de los españoles

El día 14 de noviembre de 1524 salió Francisco Pizarro de Panamá en un barco con 112 españoles y algunos indios a su servicio, rumbo al sur, en busca del famoso imperio del Perú.

Después de más de dos meses de aventuras arriba el 24 de febrero de 1525 al Puerto del Hambre con 32 españoles menos. Como en este puerto no había víveres mandó al piloto Montenegro con varios marineros a buscarlos a la isla de las Perlas, y cuando éste regresó, al cabo de 47 días de navegación, de los compañeros de Pizarro habían muerto de hambre como veinticinco,

Siguieron adelante los sobrevivientes con el auxilio recibido sin arredrarse por las contrariedades, pero después de varias aventuras resolvieron regresar a Panamá, con muy poco oro y con una deuda de diez mil castellanos, en moneda de hoy más de veinte mil dólares. Cincuenta expedicionarios quedaron no obstante en un pueblo llamado Cuchama esperando auxilio.

Ante el fracaso, Pedrarias, fundador de Panamá, retiró su apoyo. El 10 de marzo de 1525 se había formado una sociedad con Fernando Luque, Pizarro y Almagro para seguir adelante en la empresa de los descubrimientos. Luque, que no era sino mandatario del licenciado Gaspar de Espinosa, dió para los gastos 20.000 pesos. Se tomaron el juramento los socios y para sellar el pacto, Luque celebró el santo sacrificio de la Misa y dió la comunión con una hostia dividida en tres partes.

Y los conquistadores se hicieron a la vela por segunda vez. Según el manuscrito CXX de la Biblioteca de Viena con Pizarro y Almagro iban ciento cincuenta hombres, dos buques de cuarenta y setenta toneladas y un pequeño bergantín. Fray Alfonso M. Jerves cree que Pizarro salió primero y luego Almagro con ciento diez hombres. A las embarcaciones acompañaban tres canoas. Llegaron a San Juan después de recoger la gente de Chucama y una vez allí, Almagro, que había descubierto el río el 24 de junio de 1525, regresó a Panamá por víveres y pertrechos.

Durante esta corta estadía fue cuando Pizarro aprovechando los conocimientos del piloto Bartolomé Ruiz de Estrada y el buen ánimo de su gente lo despachó en su barco a explorar la costa más al sur, en un viaje que duró setenta días entre ida y vuelta, lo que hace presumir que sólo llegó hasta Cancebí según el testimonio de Jerez y no hasta el actual Perú como algunos lo han supuesto.

Ruiz en su viaje estuvo el 21 de setiembre de 1526 en una bahía a la que puso el nombre de San Mateo. Al fondo llevaba al mar el tributo de sus aguas el actual río Esmeraldas. Había tres grandes pueblos junto a la costa. De ellos salieron algunos indios que en sus canoas le vinieron a dar la bienvenida y a invitarle ir a tierra. Aceptó Ruiz la invitación y con su gente estuvo dos días con ellos. Como si los indios hubiesen conocido el lado flaco de los españoles les obligaron a que les aceptasen algún oro y éstos lo aceptaron después de hacerse mucho de rogar. No hay diferencia entre estos indios

y los civilizados de Panamá, decía Ruiz, y su asombro subió de punto cuando al seguir viaje al sur, algunos de los nuevos amigos resolvieron acompañarle en el barco para irle dando noticias e indicaciones sobre las desconocidas tierras que iban a visitar.

Ruiz fue pasando por Tacames, Nancabez, Tovirisimi, Conilope, Papagayos y Toloma, pueblos todos en la actual provincia de Esmeraldas, al sur, entonces mucho más poblada que hoy, pues sólo en Atacames había mil quinientas casas y en cierta ocasión se reunieron allí más de diez mil indios en son de guerra, los que seguramente no eran sólo de Atacames sino también de los pueblos de las cercanías.

Tolona o Tolima era el último pueblo al norte de esta costa a que algunos años antes habían llegado las huestes victoriosas de Huainacapac si nos atenemos al testimonio de Cieza de León.

De Tolima pasó Ruiz a la actual provincia de Manabí y su buque se mecía en las aguas Quisimos, hoy Cojimés, y después en las aguas de Coaque, población entonces muy floreciente, hoy guarida de gentes que no conservan el recuerdo de su gran grandeza precolombina.

Siguió Ruiz al sur y fue pasando frente a Tonconies, Arampajos y Pantagua, de los dos primeros pueblos el segundo debe ser el nombre indígena de Passao. Aunque el nombre de Passao lo hallamos desde los primeros tiempos de la conquista, no cabe duda, como bien observa Saville, que su procedencia es netamente española, por más que en Alemania (Baviera) haya también un pueblo, famoso por sus minas de grafito, que llama Passao.

Pantagua o Pintagua, pueblo al sur de Arampajos o Passao, subsistió mucho tiempo en el lugar que lo vió Ruiz, y en una Relación hecha a principios del siglo XVII, de orden del marqués de Cañete, figuran Passao y Pantagua con 78 tributarios.

La nave española siguió adelante y fue pasando por Caraslobez, Amarejos, Cames, Amotopse y Docoá, pueblos todos de tierra llana como se dice en el ma-

nuscrito de Viena de que venimos tomando estos datos, manuscrito trabajado probablemente el mismo año de 1526, al parecer bajo la dirección del mismo Ruiz.

Caralozbez es Caráquez; Amarejos es Jaramijó, Cames es el pueblo de Cama, que a raíz de la conquista Benzoni nos refiere haber visitado en la provincia de Manabí. En la Relación que mandó trabajar el marqués de Cañete figura Cama con 6 tributarios, lo que demuestra que este pueblo iba ya en decadencia a principios del siglo XVII, sin duda entre otras causas, por el afán de los conquistadores de juntar, contra la voluntad de los indios, los pequeños caseríos en un solo pueblo que en esta costa debía ser Manta.

Amotopse es Charápotó. Los españoles no lo vieron probablemente, porque no es creíble que estuviese junto al mar, pero tuvieron noticia de él. El Ilustrísimo señor González Suárez fundándose en que el nombre primitivo de este pueblo es Japotó descompone el vocablo así: Ah-ppo-toc que en maya significa llanura que se levanta poco a poco. Entre Ahppotoc y Amotopse cualquiera ve el parecido. Esto indica cuan buen observador es González Suárez y cuanta es la importancia de estos nombres primitivos para penetrar en los secretos de la proto-historia.

Docoa es Manta. Todos sabemos que el nombre indígena, mejor dicho maya, de Manta es Jocay y de Jocay a Jocoa y Docoa no hay sino una pequeña diferencia, fácil de explicar en la confusión que los nuevos vocablos producirían en los oídos españoles no acostumbrados a oírlos.

De Docoa la nave de Ruiz continuó su rumbo hacia delante hasta llegar al cabo de San Lorenzo, la parte más occidental de la costa a que había llegado viniendo desde Panamá. Desde aquí se ve la isla de la Plata y Ruiz, sea porque estuviese cansado de venir entrando a todos los puertos, sea porque el tiempo de dos meses que se le había dado le viniese estrecho, sea porque creyese que el continente sud-americano en este punto volteaba hacia el oriente, sea por otro

motivo, lo cierto es que al doblar el cabo tomó la ruta entre el continente y la isla para inspeccionar la costa del otro lado, como se dice en el manuscrito de Viena que venimos citando. En esta dirección sur este, teniendo siempre la tierra a lo lejos pasó por las poblaciones de Calangane, Tusco, Sercapez y Calango. Esta última población a la fecha solo ha variado la C para llamarse Salango.

Jerez afirma que Ruiz llegó hasta el pueblo de Cancebí después de haber visitado algunas otras poblaciones. Esto hace presumir que este pueblo estaba cerca de Salango o quizá era el mismo Salango, y que no es exacto lo que dice Montesinos que Manta fué fundada sobre el asiento del antiguo Cancebí. Creemos que Cancebí se llamaba también la comarca de Manta a Salangó.

En esta costa, teniendo al oeste la isla de la Plata fué cuando Ruiz vió venir del sur una embarcación velera que le llenó de asombro. ¿Su buque no era el primero que venía a turbar la tranquilidad de estos mares? ¿Por ventura otro conquistador más feliz que él le había ganado la delantera? ¿Pero de dónde había partido? Atormentado por este pensamiento se acercó al misterioso velero y vió con admiración que se trataba de una barca peruana. Nótese que para los españoles, peruanas eran las costas que venían recorriendo desde San Mateo al sur, y peruana fué la costa de Manabí durante la conquista y gran parte del coloniaje.

I I

La navegación entre los indios.

No cabía duda era una embarcación indígena. De los veinte hombres que venían en ella los once

arrojaron al agua y de los nueve restantes, tres fueron detenidos por los españoles para que les sirviesen en lo sucesivo de intérpretes, o de lenguas como se decía en ese entonces.

El navío indígena tenía treinta toneladas, era en consecuencia algo menos de la mitad del navío español que calaba setenta. Tenía dos pisos: el inferior que se mojaba estaba formado de cañas gruesas como postes; el superior en el que iban en seco las personas y mercaderías era de cañas más delgadas y se levantaba sobre barrotes transversales que descansaban en el piso de abajo.

Por relaciones posteriores se deduce que la caña del centro que formaba la quilla era más gruesa y las que se le juntaban iban ligeramente acortándose en proa para hacer que ésta terminara en punta y cortase así más fácilmente las aguas. Los mástiles y las antenas era de fina madera y las velas de algodón, algo más cuadradas que las españolas. De ancla servía una enorme piedra. Del timón nada nos dice el relato, pero de seguro que no iría atrás como en las barcas europeas sino a los costados, mejor dicho carecería de él y a la balsa se la manejaba por medio de canaletes o tablas de 3 a 4 varas de largo, a popa y proa, que Ulloa llama guares y que están aún en uso.

Este sistema de dirigir las balsas, de propia invención de los indígenas, era desconocido de los españoles y Ulloa afirma que de conocerse en Europa, se evitarían muchos naufragios.

Para ligar las cañas e izar las velas se usaba una cuerda de nombre enequén, muy superior al cáñamo, tan superior que durante la conquista y el coloniaje los buques veleros españoles entraban expresamente a Maná para hacerse de estas cuerdas y otros aparatos de navegación.

Como se vé la balsa descrita era como una de las muchas que corren por nuestros ríos y a la que se le había provisto de velas para la navegación por mar.

Difficil es determinar si las cañas como postes eran

caña guadúa o palo de balsa; las que los españoles vieron posteriormente en el río Guayas eran de palo de balsa; pero ésta que surcaba por las costas manabitas pudiera haber sido de caña guadúa.

El manuscrito de Viena dice que venían en la embarcación muchas piezas de oro y plata, coronas, diademas, cintos, ponietes y armaduras como de piernas, y petos y tenazuclas y cascabeles y sartas y mazos de cuentas y rosecleres y espejos guarnecidos de plata y tallas y otras vasijas para beber; mantas de lana y algodón, camisas, aljubas y alcaceres y otras muchas ropas, todo lo más de ello labrado de labores muy ricos, de colores de grana y carmesí, de grana y amarillo y otros colores de diversas maneras de labores y figuras de aves, de animales y pescados y arboledas; y unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura de romana y otras muchas cosas; algunas sartas de cuentas traían piedras de pequeñas esmeraldas y caledonias y otras piedras o pedazos de cristal y anime. Todo esto lo traían para cambiarlo por unas conchas de pescado de que ellos hacían cuentas coloradas como corales, y blancos, que traían casi el navío cargado de ellas.

El uso de la moneda, que parece tiene su origen en la Mesopotamia, era muy común en el Nuevo Mundo y la concha era el objeto más general usado con este fin.

¿Era esta embarcación de Manabí, del Guayas o de Tumbes?

De las veinte personas que entre hombres y mujeres venían en ella, sólo dos eran de Tumbes y contaron a los españoles maravillas sobre un gran imperio al sur, gobernado por Huainacápac, donde abundaban las ovejas (llamas) y donde el oro era tan común como la piedra. Uno de estos indios era el famoso Felipillo que jugó papel tan importante en la conquista. Si la balsa hubiera sido de Tumbes difícil es que sólo dos tumbecinos hubiesen entre tanta gente, y si la balsa hubiera sido del Guayas no era creíble que en ella se encontrasen dos tumbecinos con tantas garantías, dada la enemista mortal de

los indios de Puná con los de Tumbes. La barca, a nuestro juicio, era manabita y se dedicaba a un comercio directo entre Manabí y Tumbes sin entrar al río Guayas; quizá también a traer peregrinos a los famosos santuarios de Santa Clara o El Muerto, La Plata y Manta.

Herrera afirma que en una balsa tomaron dos muchachos y tres mujeres y que en ella traían lana hilada y por hilar de sus ovejas. Quizá sea dato referente a otra embarcación hallada por el mismo Ruiz u otro navegante español.

Las telas descritas con figuras de aves, animales, árboles y pescados es manufactura netamente manabita.

El viaje de Ruiz frente a nuestras costas acontecía por los meses de setiembre y octubre de 1526. Otros lo fijan en los meses de mayo a julio, pero no nos parece verdadero el acerto tomando en cuenta que el descubrimiento de San Mateo o Esmeraldas ocurrió el 21 de setiembre.

¿El uso de las velas en la navegación era conocido de los indios? En la historia de la conquista no se refiere otro caso que éste de Ruiz, que es indudable pero que muchos lo explican diciendo que como los españoles hacía muchos años recorrían las costas de América el uso de las velas fué tomado de ellos por los indios; lo que no es difícil explicar si se toma en cuenta, como lo aseguran los cronistas castellanos, que los súbditos de los incas hacían comercio con las poblaciones de Panamá y que hasta aquí llegaban también los mercaderes mejicanos. Esta comunicación de la América del norte con la del sur está por otra parte plenamente comprobada con los modernos estudios arqueológicos.

Zárate refiere que los indios de Manabí navegaban en canoas falcadas, cavadas en troncos de árboles y también en balsas. Este sistema de navegación es típico de América: los españoles no conocían ni las balsas, ni la canoa formada de un sólo tronco de árbol que parece ser originaria de la Océania. La industria de los indios cayapas de hoy es hacer estas canoas para la venta.

El mar era familiar a los indios para la navega-

ción; los santuarios de Santa Clara y La Plata a veinte millas de la costa lo están atestiguando. Estos santuarios después de los de Pachacamac y Manta eran los más famosos de todo el Perú.

La visita de los peregrinos de Tumbes y lugares lejanos a Manta es probable que se hacía por mar y no por tierra; hay dos hechos para suponerlo, el uno que no hay huellas ni datos ciertos de grandes caminos o carreteras litorales, y el otro que los indios de la costa se entendían entre sí no obstante hablarse en Manabí muchas lenguas, al extremo de que casi cada pueblo tenía la suya según el testimonio de los cronistas.

Saville ha observado que los objetos arqueológicos de La Tolita (Esmeraldas) y La Plata (Manabí) son muy semejantes. ¿Cómo explicar este parecido si no aceptamos una frecuente comunicación por mar?

Otro hecho. Están conformes los primeros historiadores de la conquista en afirmar que en Manabí había mucho oro; era un pueblo muy rico, lo que quizá no pueda decirse ni del pueblo incaico donde sólo el inca era rico y el pueblo muy pobre. No obstante, en Manabí no hay minas ni lavaderos de oro y las excavaciones arqueológicas demuestran que en los tiempos anteriores a la conquista no abundaba el oro. ¿De dónde venía la abundancia de este metal? Evidentemente del comercio y en parte también de las peregrinaciones a los santuarios de La Plata y Manta. Como por tierra no había caminos ni al norte ni al sur y los pueblos vivían en perpetua guerra y aislados con diversidad de lenguas, hay que concluir que ese comercio se hacía por mar.

Por estas y otras consideraciones nada tiene de extraño, antes está muy puesto en razón, el dicho del P. Cobos de que la balsa que halló Ruiz era una de las tantas en que se hacía el comercio entre Manabí y Tumbes. Como supervivencia de este hecho cabe afirmar, que aún en los primeros tiempos de la independencia cuando no se habían levantado las grandes barreras aduaneras mayor comercio había entre Manabí y Tumbes que entre Manabí y Guayaquil.

El relato de la llegada de los caras en balsas a las costas de Manabí (inmigración del norte), de la llegada de los gigantes también en balsas a Santa Elena (inmigración del sur), del viaje de Tupac-Yupanqui a las islas encantadas, aun tomándolas como leyendas prueban este hecho: a los indios les era familiar la navegación por mar.

Y ese traslado de la civilización centro-americana a Manabí de donde parece se bifurcó a la Sierra del Ecuador y al Perú es casi inexplicable sin la comunicación por mar, tanto más inexplicable cuanto los indios intermedios estaban en un nivel muy inferior de cultura, al extremo de que los de la costa de Colombia eran antropófagos como lo comprobó el mismo Pizarro en su segunda expedición.

Benzoni que pudo ver a Manabí en los días de la conquista, afirma que los botes que usaban los indios tanto para pescar como para navegar, se componían de balsas compuestas de tres, cinco, siete ó nueve troncos delgados, largo el del medio y los otros acortándose como los dedos de la mano. ~~Se~~ Durante la navegación se cansaban de remar y no había viento para el uso de las velas, arrojaban al agua en sacrificio frutas y otras cosas rogando un tiempo favorable. No es creíble que tales supersticiones se desarrollasen a la llegada de los españoles; debían tener un origen más antiguo, lo que supone que la navegación les era familiar y el uso de las velas conocido.

Fray Reginaldo de Lizárraga nos dice que los indios de Manta eran grandes marinos. Ulloa se admira de cómo estos indios conservaban el equilibrio sobre las olas de pié sobre un palo de balsa para echar desde allí la red y atender a los menesteres de la pesca. Como esta última habilidad la han perdido ¿no es de concluir que la sabían antes de la conquista y la olvidaron a fines de la Colonia?

Garcilazo a raíz mismo de la conquista se admira de las habilidades de los indios de Passao para la pesca fuera de la costa.

Durante la colonia los ricos de Guayaquil que venían a invernar en Manta no lo solían hacer en las naves de los españoles sino en las balsas de los indios, porque les ofrecían mayor seguridad para eludir, con el manejo de los canaletes, el golpe de las olas.

Ruiz una vez capturados los tres indios regresó donde Pizarro, con seis lenguas dice Jerez, sin duda tres tomados en la barca y los otros tres en San Mateo. Pizarro resolvió una nueva expedición al sur y llegó a Tamez donde salieron a recibirlo catorce canoas, y la una traía encima un estandarte. ¿Eso que los españoles llaman estandarte no sería una pequeña vela puesta a la canoa, cosa tan usual ahora entre nosotros? Nada difícil afirmarlo. Y pueda que algún día se catalogue la vela en la canoa como de invención netamente americana. Pero la probable es que su uso haya venido más bien de inmigraciones de la Oceanía.

El hecho de que en México no se conocía la navegación a la vela es lo que ha inducido a muchos, no a negar el encuentro de Ruiz con la barca velera peruana hecho histórico bien probado, sino a tener a los indios por imitadores de los españoles que hacía mucho tiempo ya andaban por las costas del Pacífico. Pero si a conjeturas vamos, nosotros diríamos que el famoso Quetzalcoatl del norte de Europa arrojado en las costas de México fué el introductor de la navegación a la vela. El invento se perdió en el norte donde no hubo necesidad de él, pero se conservó en el sur.

El mar no debió ser un misterio impenetrable para los indios de América. Los indios costaneros de Manabí eran grandes nadadores, a excepción de los de Cayo donde la braveza de las olas no lo permitía. El P. Cobos afirma que los indios de Arica se lanzaban a la visita de las islas adyacentes en cueros de lobos marinos hinchados. Que a los indios de Esmeraldas y Manabí la navegación a la vela les era conocida, lo dice el hecho del recibimiento cariñoso que los habitantes de San Mateo hicieron a Ruiz, y que al surcar la nave española por primera vez por las costas manabitas, los indios salían a la

playa: alborozados y un tanto admirados a contemplarla. Supongamos que los indios no hubiesen visto jamás un buque de vela sobre las aguas. ¿No es verdad que en lo supersticiosos que eran se hubieran asustado y no hubiesen salido alegres a la playa? Sabemos que un indio murió de repente al verse seguido por un caballo. ¿Puede creerse que la vista de un fantasma sobre las olas no les hubiese aterrado? Ellos habían visto balsas veleras, pero no un buque de vela al sistema de los españoles, por eso el nuevo barco les admiró pero sin aterrarlos.

I I I

La segunda visita de los españoles a las costas de Manabí.

Hallábase Pizarro en las costas de Colombia, en las márgenes del río San Juan, agobiado por los padecimientos y a punto de perecer de hambre, cuando regresó Ruiz con la noticia de todo lo que había visto en su viaje al sur. El suceso reanimó nuevamente las esperanzas de los audaces conquistadores, y como poco después llegó Almagro con un auxilio de ochenta hombres, se resolvió un segundo viaje al sur, en los dos navíos, bajo la dirección de Pizarro y Almagro y llevando por piloto al mismo Ruiz que ya conocía el camino. Se embarcaron cosa de noventa españoles y cuatro o cinco caballos, según Estete.

Las tempestades se interpusieron en la marcha y después de varios días de lucha con la bravura de las olas fueron a anclar en la isla de Gallo donde permanecieron varias semanas. De aquí siguieron siempre al sur y llegaron a la bahía de San Mateo (Esmeraldas).

Cultivos de maíz y de cacao adornaban las riveras. El humo daba claras señales de que allí habitaba el hombre. La tierra era lo suficientemente alta para que el mar no penetrase hasta adentro a formar los enormes manglares que tanto los había atormentado en el río San Juan. El agua dulce del Esmeraldas llegaba hasta el océano y en sus orillas se veía el caoba, el ébano y varias clases de madera. La población era numerosa. De San Mateo de Esmeraldas siguieron más al sur, y con gran asombro llegaron al pueblo de Tacamez con plazas y calles a cordel y más de tres mil casaa, según Jerez. Hombres y mujeres lucían adornos de oro y piedras preciosas.

A la vista de los españoles salieron de Tacamez catorce canoas con muchos indios y dos de ellos armados de oro y plata. Venían de paz. Nada tenían que temer. Ruiz en su viaje anterior había conversado largamente en San Mateo y creían hacer ahora lo mismo en Tacamez. Pero como los indios sospecharan en los extranjeros intención de capturarlos, retornaron nuevamente a tierra, en dirección a unos bajos donde la nave española por su calado no podía penetrar. Ya en tierra pusieron a buen recaudo sus mujeres e hijos y se prepararon al combate.

Pizarro, por consejo de dos de los indios tomados de la barca velera manabita, por Ruiz, que le servían de intérpretes, resolvió desembarcar y llegar a un arreglo amistoso. Así lo hizo; los indios le recibieron hostilmente en número de diez mil, pero viendo que los españoles no iban en son de guerra los trataron también de paz, dice Jerez. Estos indios combatían con piedras, lanzas y agua hirviendo. Imprudencias de los conquistadores encendieron nuevamente la enemistad y se renovó el ataque. De seguro que los españoles hubieran sido muertos ante el inmenso número de los atacantes sin la casualidad de haberse caído durante la refriega un jinete de su caballo. ¿Cómo? ¿El monstruo se divide en dos? Los indios huyeron aterrorizados ante la persuasión de que el hombre y el animal formaban una sola

pieza, que en los combates, según las necesidades, se dividía en dos y se seguía subdividiendo hasta alcanzar la victoria. Era la primera vez que veían caballos (fines de 1536) y no es de extrañar que en lo superticioso que eran concibiesen tales ideas. Así dicen los cronistas, pero cabe preguntar ¿ellos, los indios, que vieron desembarcar los caballos sin jinetes cómo iban a concebir que unos y otros formasen una sola pieza? No siempre se puede creer en el relato de los conquistadores.

La tierra poblada, el oro abundante, la civilización relativamente alta. La jaja soñada estaba aquí, pero la gente era belicosa y no se resolvía a entrar en negociaciones pacíficas. ¿Qué hacer? Pizarro convocó una Junta para oír las opiniones de los compañeros. Almagro dijo que mejor era probar fortuna y en último caso perecer a mano de los indios antes que ir a morir a la cárcel por el pago de las deudas; que en consecuencia él regresaría a Panamá a conseguir nuevos auxilios, lo que no sería difícil, dadas las esperanzas que hacían concebir los nuevos descubrimientos; que entre tanto Pizarro le quedase esperando en un lugar seguro. A Pizarro no le agradó el consejo ¿Por qué sufrir siempre él todos los rigores de la adversidad? ¿Qué derecho tenía Almagro a no compartir los mismos dolores y penas? Almagro creyó que se le trataba de cobarde y surgió una grave disputa, que se hubiera definido por las armas a no mediar la oportuna intervención de Bartolomé Ruiz y Nicolás de Ribera.

Reconciliados los ánimos se convino que Almagro y Pizarro regresasen juntos hasta la isla de Gallo. Aquí se quedó Pizarro con los ochenta y cinco hombres y Almagro con los dos únicos buques y los tripulantes indispensables se fué a Panamá en busca de socorros (diciembre de 1526 o enero de 1527). Las gentes que quedaron con Pizarro no vieron, en su gran mayoría, con buenos ojos la determinación de los dos Jefes y escribieron a sus parientes para que les obtuviesen el regreso, pero Almagro hizo desaparecer hábilmente todas esas comunicaciones a fin de poder enganchar hombres para la empresa. Con todo, un tal Saravia, natural de

Trujillo, en un ovillo de algodón que se envió como muestra de los productos del país a la esposa del Gobernador de Panamá don Pedro de los Ríos, hizo llegar una carta en que pintaba las hambres y desnudeces que padecían y que las riquezas de que hablaban eran cosa de risa que las constituyan las flechas de los indios; que tres años (1524-1526) eran ya bastante para saber lo que eran los descubrimientos.

Don Pedro de los Ríos mandó entonces a Tafur con orden que trajese a todos los compañeros de Pizarro que quisiesen regresar, conminando con severas penas al que lo estorbase. Tafur fué recibido como un salvador en la isla de Gallo. Cinco meses hacía que Pizarro estaba en élla. Casi todos querían regresar. Las penalidades habían quebrantado a los más animosos. Fué entonces cuando Pizarro, viendo que se iban sus sueños de grandeza, en un gesto heroico trazó una línea de oriente a occidente y dijo señalando al norte, allá la pobreza y las necesidades, acá, señalando al sur, la riqueza y la gloria; el que quiere venir conmigo que me siga y saltó audaz la línea hacia el sur. Trece le siguieron, los trece llamados de la fama. Jerez dice que 16, y el P. Jerves aclara que con Pizarro y quizás dos sirvientes. El resto, unos setenta hombres regresaron con Tafur.

Los trece tan célebres en la historia de la conquista son: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Luces, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alzon, García de Jeréz, Antón de Carrión, Alonso Briceno, Martín de Paz y Juan de la Torre.

Con tan poca gente, Pizarro recelando un ataque de los indios hizo una barca provisional y se fué más al sur, a la isla de Gorgona, de dos leguas de contorno, según dice Cieza de León. Allí se alimentó con los suyos de cangrejos, de agua dulce y de mar, culebras, pescados, frutas silvestres.

Luque y Almagro insistían entre tanto en Panamá ante el Gobernador que mandase traer a los compañeros, que no era justo se les dejase morir en una isla

solitaria del océano. A tantas instancias el Gobernador mandó un buque. (Jerez por error dice que fueron dos). Pizarro después de ocho meses de indecibles sufrimientos tuvo gran placer de verio, pero antes de regresar quiso reconocer por sus propios ojos la tierra más al sur. I bajo la dirección del ya conocido piloto Ruiz de Moguer anduvo cien leguas de Gorgona hacia el país de sus sueños. Zárate dice que navegó con mucho trabajo contra la fuerza de los vientos y que llegó hasta Motupe, provincia de Piura, que quedaba entre dos pueblos que fueron despues Trujillo y San Miguel. De allí regresó al río Chira o Pohechos, y en unos pueblos de este último nombre tomó ovejas (llamas) para comer carne e indios para que aprendiesen el español y le sirviesen de intérpretes. Se volvió a hacer a la mar y desembarcó en Santa y Tumbes. En Tumbes Pedro Candía visita la casa de Atabaliba y regresa admirado de las indecibles riquesas que pasaron por sus ojos.

De Tumbes regresó Pizarro a Panamá en donde debía estar antes de los diez meses de la salida del buque por ser éste el plazo fijado por el Gobernador de los Ríos. De Panamá siguió a España a obtener los poderes y auxilios necesarios para la conquista.

Cieza de León da a entender que en este viaje de Gorgona al Perú (1527), parece q' a la ida según opinión del P. Jerves, fue cuando Pizarro con los trece de la fama visitó la isla de La Plata, en donde se ofrecían ovejas y niños en sacrificio a los ídoles. En el santuario había muchas joyas de oro, mantas y camisetas de lana muy pintadas y muy galanas, y sobre todo abundaba la plata de donde tomó la isla este nombre. Herrera confirma la noticia, pues dice que los indios en sus sacrificios religiosos mataban corderos, ovejas y también niños, y que la sangre la ofrecían a sus ídolos tallados en piedra; que los compañeros de Pizarro fueron los que dieron a la isla el nombre de La Plata por la abundancia de este metal.

El manuscrito CXX de la Biblioteca de Viena dice que había un adoratorio en donde se veneraba la

imagen de una mujer con un niño en los brazos y que tenía el nombre de María Meseia. Esto que quizá no era en la isla de La Plata sino en la de Salango es un recuerdo del culto a la Santísima Virgen conservado por los pueblos americanos, y que manifiesta quizá algún contacto con los pueblos del viejo continente en época posterior a la Era Cristiana. La imagen estaba dentro de un templo o casa de Oración, que tenía por cubierta mantas ricamente labradas. Cuando alguno padecía enfermedad en algún miembro hacía una figura de oro o plata del miembro enfermo y ofrecíalo en sacrificio, costumbre que aún se sigue en Manabí dentro del rito católico, y que no es tampoco desconocida en España y otros lugares.

Montesinos afirma que en la isla de la Plata se había elevado un templo al sol, célebre en toda la costa. Pero González Suárez asegura que el ídolo adorado era probablemente el mar y no el sol. Para esto quizá se apoya en el mismo Montesinos, quien afirma que cuando Huanacapac conquistó Portoviejo mandó levantar en una isla adyacente un suntuoso templo a la gran deidad de la mar del sur.

I V

Primeras aventuras del tercer viaje.

Con algunos indios, llamas, tejidos y otros artefactos del Perú, Francisco Pizarro fué a España y obtuvo del Rey auxilio para la conquista del Perú y el nombramiento de Gobernador y Capitán General de las nuevas tierras que sometiese a su dominio (Convenio de 26 de Julio de 1520). Como Almagro se quejase de habersele obtenido para él muy poco surgieron desavenencias entre los dos caudillos, que los amigos pudieron arreglar con la promesa de obtener del rey otra Goberna-

ción para Almagro que debía comenzar donde acabase la de Pizarro.

Perú la tierra de las esperanzas no existía, mejor dicho ningún indio de América la conocía por este nombre. La tierra de los hijos del sol era el Tahuanti-suyo o la de los cuatro puntos cardinales, y Garcilazo testifica que los súbditos de este imperio en los primeros tiempos de la Colonia se negaban a llamarle Perú por considerar el nombre extranjero. Y agrega que el nombre viene por haber apresado los españoles a un indio de nombre Belú, que estaba junto a un río de nombre también Belú; a las preguntas de los aprehensores el indio respondía siempre Belú, creyendo que se le interrogaba por su nombre o por el lugar en donde estaba, y los españoles sin entenderle interpretaron que ese nombre correspondía a toda la comarca. Gomara dice que ese río llamado Peirú se hallaba a dos leguas de la equinoccial, por lo mismo en territorio manabita. Estete afirma que el río llamaba Las Palmas y que un pueblo allí situado era llamado Peruquete, de donde viene el nombre de Perú dado por los conquistadores a toda la comarca desde las primeras expediciones.

Refiriéndose al tercer viaje, que había de culminar con el éxito el mercedario P. Ruiz Naharro dice, que Pizarro y sus compañeros hicieron bendecir en Panamá sus banderas y el Real Estandarte en la Iglesia Mayor, luego, el 28 de Diciembre de 1530, en la Iglesia de la Merced, oyeron una misa cantada, celebrada con gran pompa, y comulgaron con devoción para prepararse a llevar el catolicismo a los pueblos desconocidos de la ribera del Pacífico. El sermón corrió a cargo de Fray Juan de Vargas, que más tarde había de ser comendador del Convento de Quito, y en 1556 primer provincial de la orden en el Perú, por elección del primer capítulo de dicha orden en América, reunido ese año en el Cuzco. La crítica moderna pone sus reparos, en algunos pormenores al relato del padre Naharro.

Helps asegura q' el mismo día 28 de Dbre. salieron los conquistadores de Panamá, pero no está averiguado y

más probable parece la opinión del Ilustrísimo señor Gonzalo Suárez que pone la salida en los primeros días de Enero de 1531, siguiendo a Jeréz. Los fracasos anteriores no despertaban suficiente confianza y no fue posible fletar mucha gente, no obstante haber desembarcado con Pizarro en su viaje de España, 125 hombres en Nombre de Dios (hoy Colón). Con todo, algo se pudo conseguir con el apoyo del Rey y la compañía de cinco sacerdotes dominicos que en las penurias de la expedición facilitaban cuando menos una muerte cristiana algo muy apetecible en aquellos siglos de Fé. Los cinco sacerdotes eran: Fr. Alonso Burgalés, Fr. Pablo de la Cruz, Fr. Juan de Yépez, Fr. Tomás Toro, el tan calumniado Fr. Vicente Valverde, y Fr. Reginaldo Pedraza que hacía de Jefe de la expedición. Según convenio de Pizarro con la reina doña Juana a estos sacerdotes hubo que darles en Panamá 45.000 maravedís para ellos y cincuenta ducados para ornamentos del culto divino.

Agustín de Zárate dice que Hernando Ponce de León dió prestado un buque a Francisco Pizarro, y que en él entraron éste y sus cuatro hermanos, Hernando, Pedro, Gonzalo y Juan Pizarro. Herrera dice, que fueron dos los buques cedidos por Hernando Ponce de León, venido de Nicaragua con su compañero Hernando de Soto, y que la entrega se hizo a condición de que después de la conquista se diese a Soto uno de los mayores regimientos y a Ponce de León se le hiciese capitán y teniente de Gobernador del pueblo más importante de los que se iban a descubrir. Jerez afirma que Pizarro salió de Panamá en tres buques con 180 hombres y 37 caballos, y con la intención de desembarcar en Tumbez e iniciar desde allí la conquista del Perú.

Pizarro partió con su gente resuelta acostumbrada a conquistas y a toda clase de sufrimientos y Almagro se quedó en Panamá para recoger nuevos contingentes que debían venir de Nicaragua y otros lugares.

Los vientos y corrientes marítimas no permitieron a Francisco Pizarro cumplir sus deseos, y a los trece días de navegación según Jerez, siete según Estéte, cin-

co según Herrera, se hallaba en San Mateo, cien leguas al norte de Tumbes, punto de entrada al gran imperio de Atabaliba. Como el mar hacia afuera debía estar tempestuoso y hacia la costa en relativa calma resolvió, después de oír diversos pareceres, que los buques fuesen a la orilla con los tripulantes indispensables y desembarcasen la gente y los caballos para seguir la marcha por tierra teniendo las embarcaciones a la vista.

Era lo fuerte de la estación invernal. Pizarro hombre vigoroso y acostumbrado a penalidades iba de guía. Era un hombre afable, descoso de agradar, dicen las crónicas, con muchos amigos en la vida ordinaria y heroico y subyugador en las grandes empresas. En viajes anteriores conocía ya la costa, pero no palmo a palmo y en viaje fatigoso como ahora. Con la baja marea caminaban por la playa, de seguro con cierta comodidad, pero con la marea alta los pasos tenían que ser difíciles y con frecuencia la pequeña caravana debía detenerse a descansar por lo difícil de abrirse camino a través de la maleza sobre enormes fangales. Ir tierra adentro era peligroso y casi imposible. La mejor ruta era la playa. Pero las lluvias torrenciales habían hecho crecer los arroyos y tenían que pasarlos a nado hombres y caballos. Algunas personas se ahogaron. Pizarro tomó sobre sí la tarea de pasar a nado a los enfermos y a los que no sabían nadar: era el primero en los trabajos y fatigas. Se vivía en humedad perpetua. En ciertos lugares la arena desaparecía para dejar a descubierto la dura roca. En la costa áspera, dice Zárate, se despeaban hombres y caballos, Los mosquitos y toda clase de bichos atormentaban el cuerpo, y las chozas indígenas desamparadas les iban quitando poco a poco todas las forjadas esperanzas. El sudor de la marcha a través de un clima ecuatorial obligaría a frecuentes baños sea en el mar, sea en los ríos y torrentes que hallaban al paso, y la comezón producida por el sudor y los baños haría servir las uñas de calmante. Ciertó que Panamá no era un clima muy diverso del de la costa de Manabí y que los españoles estaban acostumbrados a estas penalidades

y tomarían sus precauciones, pero la conquista de las regiones cálidas de América estaba en sus comienzos y no era posible precaver todos sus peligros. Recuérdese que las nigüas, entonces desconocidas en Europa, y que hoy a nadie asustan, ocasionaron hasta la muerte y fueron objeto de Ordenanzas reales para enseñar a curar sus picaduras con aceite de oliva sin calentar puesto en el sitio de la piel en donde se habían introducido. Al iniciarse la conquista tenían que pasar cosas peores por lo desconocido del terreno. Para colmo de desgracias los víveres llegaron a escasear y Zárate afirma que padecieron hambre. La costa era muy poblada, según dice Jerez, y muchos pueblos se hallaban en el camino pero los indios, que de seguro tenían noticia anticipada de la marcha, los habían abandonado llevándose cuanto tenían. Gentes previsivas hubieran obtado por el regreso, pero esos hombres de hierro, audaces y resueltos siguieron adelante a probar fortuna y convertir infieles al cristianismo. En su loca ambición, mil veces mejor que nuestra decidía, querían ganar Tierra y Cielo a un misuro tiempo.

V

En Coaque.

Después de mil incidentes llegaron a un pueblo junto al mar, en un sitio llamado Coaque; las casas en número de cuatrocientas eran de buena construcción, de madera con cubierta de paja y probablemente lo que los cronistas llaman paja era el cadi u hoja de tagua o quizá la hoja conocida con el nombre de bijao o bijahua como se decía antes. El sitio era pintoresco, alegre; en la vecindad una vegetación muy espesa y al lado grandes y altas montañas, dice Pedro Pizarro. Entre estas

montañas está la de Pata de Pájaro a la que Saville da la altura de 5.000 pies. Los indios al verse sorprendidos por los españoles se refugiaron en la próxima selva, pero lo imprevisto de la entrada no les dió tiempo, como en poblados anteriores, de esconder cuanto tenían. Herrera afirma que los indios recibieron a los españoles de paz en la persuasión de que no les harían daño y que sólo cuando vieron defraudadas sus esperanzas huyeron, pero este testimonio carece de valor ante la afirmación de Jerez, persona de mayor crédito, por estar más cerca de los acontecimientos, quien afirma que sorprendidos huyeron sin poder llevar tras sí sus bienes. Sin embargo conviene aclarar que Jerez tampoco es testigo presencial de este suceso, pues parece que llegó a Coaque posteriormente.

Los españoles se encontraron como por arte de encantamiento con comida abundante para satisfacer las hambres pasadas y con blandos colchones de lana de ceibo, para ellos desconocidos para dormir. Recogieron mantas, tejidos de varias clases, objetos de plata y oro toscamente labrados, chaquiras, coronas hechas a manera de imperiales según la expresión de Pedro Pizarro, y sobre todo gran cantidad de esmeraldas. Había almacenes especiales de víveres y tejidos para atender a la población, y Jerez asegura que los mantenimientos eran en tal abundancia que podían abastecer a los españoles allí desembarcados durante tres o cuatro años. Y estos españoles eran 180 según el mismo Jerez y 237 según Estete. Las diferencias de números quizá dependan de que unos cuenten sólo los conquistadores y los otros incluyan, religiosos, tripulantes, sirvientes etc.

Los tejidos eran de algodón y de lana de animal, generalmente de oveja del Perú, llama, animal doméstico en ese entonces en Manabí. En los primeros tiempos de la colonia los indios eran muy hábiles para esta clase de tejidos pero eran incapaces de tejer de lana de ceibo por ser su fibra muy diversa de la del algodón.

A fin de evitar abusos en la expropiación de las riquezas que los españoles sin título suficiente las consideraron como suyas, Francisco Pizarro ordenó que de todo

lo recogido se hiciese un montón para deducir el quinto para el Rey y hacer luego el reparto conforme a la persona y mérito del servicio. La pena del que desobedeciese la orden, escondiendo para sí oro, plata u otros objetos, era nada menos que la muerte.

Jerez afirma que el oro recogido ascendió a quince mil pesos y la plata a mil quinientos marcos, y Pedro Pizarro, testigo presencial, dice que llegó a doscientos mil castellanos el oro de las chaquiras, coronas imperiales y otras piezas. Un castellano puede calcularse hoy en algo más de dos dollars. Quizá no haya contradicción entre los dos datos y la discrepancia provenga de la manera de contar o del tiempo en que se contó, pues el oro y la plata hallados en el primer momento debieron posteriormente aumentar con la venida de los indios. Como dato ilustrativo conviene saber que la primera fundición del oro hallado en Manabí se la hizo en Puná y sólo el quinto para el Rey dió mil cincuenta y cuatro marcos; que casi todo este oro era de Coaque lo afirma Pedro Pizarro cuando dice, que de Coaque hasta Cajamareca en ninguna parte hallaron los conquistadores 2.000 pesos juntos.

Francisco Pizarro quiso aprovechar la oportunidad del venturoso hallazgo de Coaque para seguir adelante la conquista; con tal fin, de sus tres buques mandó dos a Panamá con veinte mil castellanos y el otro a Nicaragua, a la orden de Bartolomé de Aguilar, con 10.000 castellanos oro. Hernando Ponce de León refiriéndose a este hecho dice que lo enviado a los dos lugares ascendió a treinta mil castellanos. En los buques regresaron sólo los tripulantes; el resto de la gente quedó en Coaque.

Diego de Almagro que había quedado en Panamá y que por disposición del Rey debía suceder en la Gobernación a Pizarro aprovecharía del dinero y de las esperanzas concebidas para enviar nuevo contingente de hombres para la conquista. El oro, la plata, las ropas de lana y algodón, las alhagadoras noticias que presagiaban futuros y mejores botines fueron un nuevo acicate para ayudar a los conquistadores con hombres, caballos y

abastecimientos.

En Coaque continuó entre tanto el saqueo. Como en una de las casas se hallaba oculto el curaca del pueblo, Pizarro lo hizo venir a su presencia y por medio de intérpretes le preguntó por qué se había escondido. El curaca le respondió que la casa en que estaba era la suya, que el vivir en ella no era esconderse, que no había ido a recibirle porque entró contra su voluntad al pueblo y temió que lo matasen. Pizarro le dijo, que venía de paz y que mandase regresar a los indios. Obedeció el curaca y regresaron al campamento hombres, niños y mujeres indígenas a servir a los españoles y a ofrecerles a cambio de nimiedades más oro, plata y esmeraldas.

Los almacenes de víveres y tejidos manifiestan que en Coaque regía el mismo sistema previstivo de los incas y son un indicio de que aquí había llegado la conquista o la influencia de los hijos del Sol; decimos un indicio porque nada difícil es creer que los incas no inventaron este sistema de previsión sino que lo tomaron de otros pueblos, quizá del mismo Manabí. La afirmación del curaca de que la casa era suya prueba que regía el derecho de propiedad y así lo manifiesta también la afirmación de Zárate de que Coaque era muy comercial, el encuentro de la balsa en 1526 y la libertad con que los indios negociaban con los españoles apropiándose para sí los objetos cangeados y dando en cambio otros objetos de los suyos.

¿Estaba Coaque sometido por esta época al imperio de los incas? Sarmiento de Gamboa dice que Huainacapac estuvo en este lugar; y Herrera afirma que este soberano se hallaba en Tomebamba cuando recibió la noticia de la llegada de los españoles a las costas de Manabí. Cieza de León avanza hasta asegurar que Yupanqui estableció en Manabí la civilización por nutimoes, pero no parece exacto el acerto, al menos de tal suceso no quedó la menor huella pues no se conoce ningún pueblo manabita que haya hablado el quechua por la época de los descubrimientos y menos aún durante

la conquista. Si bien Francisco Pizarro en carta a Panamá afirma que esta tierra de Coaque y sus alrededores se hallaba gobernada por un señor, el curaca, parece cierto que este señor rendía al inca alguna especie de vasallaje, y quizá a mandato de él se debían los almacenes de tejidos y víveres. Cuando entrada la conquista los españoles preguntaban a los indios si los incas habían dominado en Manabí, unos decían que nó y otros que sí y quizá ninguno mentía: en el sometimiento absoluto del individuo al cacique hubo gentes, y numerosas, que jamás se dieron cuenta de que su señor era súbdito de otro y obedecía sus mandatos.

Los españoles no conocían las esmeraldas, creían que éstas eran de la dureza del metal; cuando los indios vueltos al pueblo de orden del curaca se las ofrecían, temerosos de ser engañados con vidrios verdes las probaban a golpes de martillo, en la persuasión de que las legítimas resistían y las falsas se quebraban. La riqueza que destruyeron por este infantil procedimiento es incalculable. Estete asegura que de apreciarse y guardarse las esmeraldas, ellas hubieran tenido mayor valor que todo el oro que se halló en adelante. Los indios sí estimaban las esmeraldas, en este punto su cultura era mayor que la de los conquistadores, y es desconocido el procedimiento de cómo las labraban y taladraban careciendo de instrumentos de acero u otros de igual o mayor dureza. Hoy no se suele hallar esmeraldas en los entierros de los indígenas, pero Ulloa narra, que por su época, a mediados del siglo XVIII, se hallaban muchas de estas piedras preciosas en los entierros de Manta y Atacames.

De las esmeraldas halladas en Coaque un bello ejemplar fué obsequiado a la reina de España, según lo testimonia Estete. Fray Reginaldo de Pedraza, superior de los religiosos de la expedición y encargado por la reina de procurar que los conquistadores sujetasen su conducta a las normas de la moral cristiana, no creyó prudente la destrucción de las esmeraldas a golpes de martillo y se guardó algunas. Este hecho de ser verdad era digno de

alabanza. Pedraza era un religioso de méritos, fundador del primer convento de dominicos en Panama en 1.524, si hubiera destruído esmeraldas como el ignorante conquistador, su cultura habría dejado mucho qué desear. Pero los enemigos abiertos o encubiertos del catolicismo en vez de alabar la prudencia del fraile, se han hecho lenguas para extender una calumnia y a base de un "se dice", ponderar su avaricia, cosa que los historiadores oculares del suceso no lo dicen ni está probada.

Fray Alfonso María Jerves afirma a este respecto, que el testigo presencial Pedro Pizarro lo únicó que escribió fué: "Como dicen que hizo Fray Reginaldo de Pedraza". Herrera que tuvo que escribir sobre la documentación de Pizarro añadió sin razón ni prueba alguna: "Fray Reginaldo de Pedraza afirmaba que la esmeralda era mas dura que el oro y que no se podía romper. . . . pero no faltó quien dijera que el padre las guardaba". Ni Jerez, quizás testigo presencial del suceso, ni Gomara, ni Zárate dicen nada sobre el incidente. Sobre este silencio sobre este "se dice" hasta inofensivo pero que en todo tiempo ha servido de arma a la maledicencia, se ha pretendido manchar la fama de un benemérito religioso, a veces por mala fé y a veces por la poca escrupulosidad en el estudio de las fuentes. Conviene advertir que el golpear de las esmeraldas para saber si eran legítimas era opinión corriente del vulgo de los conquistadores de aquel entonces y los soldados de Alvarado practicaron el mismo torpe procedimiento en Manta y Jipijapa, tres años más tarde (1.534).

Lo fuerte del invierno y la poca precaución de acomodar la vida al clima hizo que las enfermedades invadiesen el campo español. Aparecieron unas calenturas que mataban a las veinticuatro horas. Se acostaban sanos y amanecían muertos, hinchados o con los miembros encogidos, enfermedad esta última, dice Herrera, que tardaba veinte días en sanarse. Les salieron unas berrugas en el rostro, a manera de viruelas, grandes como bubas, que les daban mal aspecto y que de cortarse les sangraban mucho. Sangraban también por la nariz,

según la descripción de Miguel de Estete. Los indios no quedaron libres del mal, pero les atacó con menor fuerza. ¿Qué enfermedad era? La parálisis fué un evidente descuido por no saberse proteger contra la humedad, y las berrugas eran viruelas según el historiador Cevallos, y mal de pian según otros modernos cronistas. Pedro Pizarro atribuye las berrugas a haberse acostado en los colchones de lana de ceibo que usaban los indios, Herrera al pescado que éstos les ofrecían, y Miguel de Estete a hallarse el pueblo bajo una mala constelación, que hace de dicha costa la más enfermiza debajo del cielo. Herrera, refiriéndose a unas berrugas apercidas en tierras de Portoviejo, las atribuye a haber envenenado los indios las aguas.

Volviendo a las esmeraldas Estete dice: "la línea equinoccial que pasa por dicho pueblo (algo más al norte) es la causa de tantas rarezas, entre otras haber allí tantas minas de esmeraldas". Pero ni la constelación tenía que ver nada con las enfermedades ni la línea equinoccial con las esmeraldas, las últimas venían probablemente del comercio con Colombia o quizá de Manta a donde eran llevadas por los peregrinos para el culto a la diosa Umiña. En los cuatro siglos transcurridos no se ha hallado en Manabí vestigios de minas de esmeraldas, por más que Herrera haya dicho, que en Manta haya las mejores de las Indias y que nacen en piedras como cristal y van haciéndose como veta y poco a poco cuajándose y afirmándose, y de medio blancas y medio verdes van madurando y cobrando su perfección. Aunque hoy se cree que las Esmeraldas de Coaque venían de Colombia no deja de ofrecer dificultades esta opinión, porque los primeros cronistas están conformes en que las esmeraldas de Manabí eran en su calidad muy superiores a las de Colombia.

Habían transcurrido algunos meses; los buques enviados a Panamá y Nicaragua no venían. El tesoro de Coaque significaba un gran esfuerzo para seguir adelante en la conquista, pero no era posible quedar abandonados en dichas tierras. La epidemia segaba algunas vidas

aunque no tantas como pareciera desprenderse de la descripción de los historiadores. El P. Jerves hace notar que hecho el cómputo de la gente que salió de Panamá con la que llegó a Piura, entre las dos ciudades murieron acaso sólo unos treinta españoles. Los indios cansados del mal trato en el campamento español de Coaque, o quizá por no tener todas las consideraciones a que aspiraban, habían fugado al monte nuevamente desvanecidas ya sus esperanzas por las promesas de Pizarro hechas al curaca. Unos pocos habían sido capturados, ¿pero de qué servían a los españoles unos prisioneros a quienes había que cuidar? Mientras llegaban refuerzos, los conquistadores hicieron correrías a los pueblos vecinos regresando siempre a Coaque. Hambres no padecían por más que algún cronista lo afirme, pero les cansaba el alimento uniforme, maíz, frutas y raíces de tierra que tenían en abundancia. Bajo el nombre de raíces de tierras hay que comprender la yuca, el camote y quizá hasta el maní. La carne y el pescado les faltaba con frecuencia. Los de Nicaragua, dice Herrera, recordaban las delicias de aquella tierra y cansados de esperar los navíos habían resuelto ya ir a otro lugar en busca de mejor fortuna. Y estaban para realizar este propósito cuando regresaron los dos navíos de Panamá con un contingente de 26 hombres de a caballo, 30 de a pié, bastimentos y refrescos según el decir de Jarez.

España en su deseo que la conquista de América se hiciese con la mayor suavidad posible, quería evitar abusos y también salvar de perjuicios al Tesorero Fiscal. Con este fin en uno de los navíos que arribaron a Coaque vinieron tres oficiales de la Real Hacienda nombrados por el Rey, que eran el tesorero Alfonso Riquelme, el veedor García de Saucedo y el contador Antonio Navarro. Estos tres oficiales debían haber venido desde España con Pizarro, pero parece que éste adelantó el viaje inesperadamente para no traerlos. Venían además Gerónimo de Aliaga, Gonzalo Farfán, Melchor Verdugo, Pedro Díaz y Cristóbal Mena. El P. Jerves asegura que en este buque llegó también el historia-

dor Francisco Jerez, y se funda para esta afirmación en que el 13 de Abril de 1531 se le ve declarando como testigo en Panamá en una información mandada a recibir por Almagro. Almagro no vino pero mandó decir que pronto vendría.

Cinco meses habían permanecido los conquistadores en Coaque. Algunos historiadores dicen que siete, pero no es posible aceptar este dato si se toma en cuenta que el 15 de Agosto del mismo año llegaban a Puná. El arribo de los buques ocurrió probablemente a principios de Julio de 1531. Pizarro convenció a los suyos que las enfermedades eran causadas por una mala constelación, que en consecuencia, saliendo de allí cesarían, dice Zárate. Y ordenó seguir adelante, para acabar con las enfermedades, para que la tierra de Coaque no probase a los recién venidos y para someter al dominio de España nuevos pueblos, muy abundantes en aquella costa, según el testimonio de los cronistas. Los buques iban costeano y siempre a la vista de la gente de tierra.

VI

En Passao

Se ha dicho que a principios de Octubre los españoles llegaron a Passao y esto nos parece un error evidente de ser cierto que el 15 de Agosto estaban en Puná.

Los conquistadores llevaban desde el primer momento la idea de formar poblaciones españolas en el lugar mismo donde se levantaban las poblaciones indígenas. La sed de riquezas en muchos es innegable, pero en todos había sincero deseo de hacer el bien, y junto a los guerreros, que como los trece de la fama en la isla Gorgona rezaban la Salve todas las mañanas y procuraban cumplir sus deberes religiosos, hay que contar los sacer-

dotes y personas piadosas cuyo único norte en la conquista era traer nuevas almas al redil de la Iglesia. Los seis religiosos que iban con Pizarro de seguro que dedicarían sus esfuerzos a la evangelización; fueron ellos los primeros apóstoles que hicieron germinar la semilla del cristianismo en estas tierras y los que evitaron mayores crueldades de los audaces invasores.

Jerez afirma que de Coaque a Puná los indios salían amistosamente a recibir al Gobernador y que éste sin hacerles daño les recibía amorosamente haciéndoles entender algunas cosas para atraerles al conocimiento de nuestra Santa Fé, por algunos religiosos que llevaba. El hecho es cierto aunque se debe aclarar que no siempre fue muy sincero lo del recibimiento amistoso. Los españoles de la primera expedición que vinieron con Ruiz se atrajeron la buena voluntad de los indios por la manera culta de tratarlos, pero ahora acaecían muchos actos de violencia y en Coaque el robo había desaparecido como delito; en el decálogo español no constaba este Mandamiento cuando el propietario era un indio. Diríase que los españoles de la conquista no reconocían el derecho de propiedad y habían adoptado el comunismo de los incas.

Los abusos de varias clases, las armas de fuego, los caballos formando una sola pieza con el jinete, la audacia de entrarse unos pocos hombres a países habitados por miles de individuos hacía que los indios mirasen a los conquistadores como seres maléficos, inmortales, ligeros como el viento, crueles, ladrones, con lanzas agudas y con espadas que cortaban de un tajo y llevaban la destrucción a todas partes; dentro de su religión debieron tenerlos por la fiel representación del demonio. Y dieron aviso, dice Herrera, a los gobernadores de los incas que gente mala había invadido el territorio, y los gobernadores transmitieron la noticia al Cuzco.

Después de muchas aventuras llegó Pizarro con los suyos a un pueblo llamado Passao, veinte minutos al sur de la línea equinocial según Ulloa. Estete ase-

gura que los indios dejaron abandonadas sus casas y huyeron a la vista de los españoles y Herrera dice que el cacique salió de paz y que Pizarro le ofreció que su gente no le ofendería a él ni a sus subditos siempre que diese obediencia al Rey de Castilla, pero que advirtiese que su amistad fuese verdadera y no fingida. Esta forma de vasallaje, tan propia de las costumbres españolas de aquel tiempo debía ser para los indios bastantes ininteligible y quizá sirvió más tarde a Cervantes para su Quijote, pero para el cacique significaba sencillamente que los invasores no le harían daño si él no iniciaba la ofensiva. Mandó en consecuencia a los indios que viniesen al campamento español y así lo hicieron, y sirvieron bien y con cuidado, porque estaban acostumbrados a servir a sus señores, dice un cronista.

Como los conquistadores en los pueblos del tránsito habían capturado 17 indias, el cacique les ofreció para que las dejaran en libertad una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma que le servía para moler maíz. El ofrecimiento fue aceptado, casi inútil es decirlo.

Para evitar errores hay que tomar en cuenta que llama Passao no sólo el pueblo de este nombre sino también la comarca comprendida entre Coaque y Caráquez; mas tarde se le dió aun mayor extensión y Herrera llega a decir que la ciudad de Portoviejo se halla en el distrito de Passao, primer puerto al norte del Perú.

Carcilazo dice que los pueblos de este distrito (solo de Caráquez al norte) son: Apichuqui, Pichunsi, Sava, Peclansimiqui y Pampahuasi; y si nos regimos por el manuscrito de Viena podemos añadir, Pantajos y arampajos, éste último, como hemos visto, probablemente el nombre indígena de Passao.

El mismo Carcilazo asegura, que Huainacapaé en sus conquistas hacia el septentrion llegó hasta este punto, pero que se encontró con gente que carecía de dioses, de pueblos, de casas y que vivían desnudos, como animales en los huecos de los árboles, con el comunismo más vergonzoso, sin mujeres propias y sin conocer a sus pro-

pios hijos; que las madres ponían a los niños recién nacidos y hasta la edad de cinco años unas tablas en la frente y en la parte posterior para achatar la cabeza, y que ya en la edad adulta, para continuar este aspecto de achatamiento, se raspaban el cabello de la frente a la corona y la parte posterior del cuello formando así un camino al medio y pelo abundante y largo a los lados, que como nunca lo peinaban, de continuo estaba enmarañado y lleno de basuras; que la cara la dividían en cuatro partes o cuarteles y cada parte la pintaban de amarillo, azul, colorado y negro: el orden de estos colores variaba según el gusto de cada individuo.

Esta costumbre de achatar el cráneo, que parece ser común a muchos pueblos primitivos, de Passao llegaba hasta Caráquez y su uso cesaba en Manta. Algún cronista hasta afirma que no existía en Passao.

La triste descripción que hace Carcilazo de los indios de Passao a la llegada de Huinacpac no corresponde evidentemente a la realidad. Este autor en su deseo de exaltar la obra civilizadora de los incas exagera el salvajismo de los pueblos a ellos sometidos o de los que ellos pudieron someter. Y los incas, si se ha de decir la verdad, fueron conquistadores que en ocasiones sometieron pueblos de inferior cultura y en otras a pueblos superiores a ellos en civilización. Jerez afirma que los indios de la costa de Manabí eran los de más razón que había visto. Los mismos convenios celebrados y respetados están mostrando cierto grado de cultura. Y por lo que respecta a Passao que tan mal queda en la pluma de Carcilazo, conviene saber que los indios de este distrito como los de Coaque usaban de peso y medida; para el peso les servía una romana de media vara de largo con cuenta y número en ella y su pilón, como aún hoy día es costumbre, aunque parece que esta romana sólo les servía para la plata y el oro, porque solo estos dos metales se les vió pesar; para otros pesos y medidas, dice Estete, debían usar otros procedimientos.

Los indios de Passao eran politeístas, grandes adoradores de ídolos y con mucha variedad de ritos. Cie-

za de León al referirse en general a los indios de esta costa dice que adoraban grandes sierpes y que cada gremio tenía veneración particular por un ídolo que indicaba su oficio, así los pescadores tenían un ídolo en forma de tiburón, los cazadores otro según la caza a que se dedicaban y así todos los demás. A sus muertos los enterraban dentro de sus templos. Los españoles vieron cruces colgando del techo de estos adoratorios y de otras habitaciones. Tendrán estos pueblos alguna idea de N. S. Jesucristo se preguntaron, pero un exámen más de cerca les mostró que las cruces eran cadáveres humanos a los que con mucha arte se les había sacado la carne y curtido lo piel sin destruir la forma original del cuerpo; el interior estaba relleno de paja y el procedimiento era tan perfecto que la momia resultaba completamente inodora, dice Cieza, y podía durar muchísimos años. Parecían dichas momias seres vivos puestos en cruz. Pudieron cerciorarse de que las carnes las quemaban, procedimiento por otra parte comprobado con las excavaciones de las tolas donde se hallan huellas de incineración.

Otro hecho que llamó la atención de los españoles fue el de la tzantzas o cabezas reducidas al tamaño de un puño, que conservaban intactas todas sus facciones, como aún hoy puede verse en nuestros jíbaros de la Región Oriental. Y dicho sea de paso, en los primeros tiempos de la conquista a ciertos indios de Manabí se los llamaba también jíbaros.

En el primer momento pensaron los españoles que estas cabezas más pequeñas que las de un niño recién nacido y con todas las facciones de un hombre adulto eran cabezas de gente liliputienses que existían en alguna otra parte, dice Estete; pero a poco se convencieron de su error. Eran probablemente las cabezas de los enemigos caídos en el combate o víctimas de sus venganzas, que las guardaban con cuidado en arcos dentro de sus templos o en sus habitaciones. En el hecho muy humano de querer explicarlo todo, los primeros cronistas nos hablan de cocimientos y procedimientos especiales para llegar a la reducción, pero cuatro siglos han transcurri-

do y el indio sigue guardando su secreto y la ciencia moderna, con todo su orgullo, no pude arrebatárselo.

VII

En Caráquez

Los españoles quedaron muy agradecidos de las gentes de Passao, dice Herrera, que por lo visto no eran tan salvajes pretende Garcilazo, añadiremos nosotros. Siguiéron adelante y llegaron a un brazo de mar de una legua de ancho, en la provincia llamada Caráquez; como los buques se habían alejado subieron tierra arriba continúa Herrera, y despues de tres o cuatro días de marcha atravesaron el río que entra en ese brazo de mar. Las penalidades no les abandonaron y tuvieron que tomar el agua dulce mezclada con la del mar a consecuencia de la marea. Pasado el río descendieron nuevamente y entraron a la población de Caráquez. Los indios se iban retirando por donde pasaban, sin atreverse a atacarlos por juzgarlo inútil ya que los tenían por inmortales. Además, en Caráquez había envidado la cacica y faltaba en consecuencia quien organizase las fuerzas de ataque; fueron en consecuencia bien recibidos, de miedo antes que por cariño. En Caráquez muchas veces los indios pensaron atacarlos, pero en el momento de tomar una resolución definitiva se acobardaban y desistían del intento. Uno de los conquistadores, llamado Santiago, se alejó a caballo del campamento y los indios lo mataron juntamente con su caballo. No les quedaba duda, el temido monstruo no era inmortal. Pizarro no quiso aún proceder hostilmente y trató de apaciguar a los indios en la mejor forma posible. Soy vuestro amigo, les dijo por boca de los intérpretes, no está bueno que mateis a mis compañeros. Pero un segundo español fue muerto y

se vieron más de doscientos indios armados con intenciones nada buenas. Pizarro ordenó enseguida a Cristóbal de Mena que los alancease y prendiese a los responsables de la muerte de Santiago y el otro español. Así se hizo y fué preso uno de los Jefes principales. Pizarro lo mandó venir a su presencia y le reprendió su conducta y la de sus compañeros por haber matado ya dos españoles, sus amigos. Sí, dijo el indio, los causantes de esa muerte son unos locos y bellacos que han procedido muy mal; dame la libertad y yo haré justicia y no te volverán a molestar. Hízole así Pizarro y el Jefe principal cumplió lo ofrecido. A un indio que por no querer sujetarse a lo pactado atacó a los españoles lo mandó a ahorcar y sufrió la pena con gran serenidad como quien en nada tiene la vida.

Es interesante en la relación que precede, el hecho de que la mujer, entre los indios de Caráquez, y quizá entre los indios manabitas, tenía ciertos derechos, entre otros el interesantísimo de suceder en el cacicazgo a sus maridos, cosa que con la completa sumisión a un jefe y el respeto a lo pactado supone cierto grado de cultura y de organización política.

Debemos hacer notar que Caráquez no tenía como ahora cerrada o difícil la entrada al Puerto. Herrera recomienda la bahía como muy apropiada para la carena de navíos. Dice que los buques, así fuesen de mil toneladas, podían entrar y salir en cualquier tiempo sin ningún peligro. La peña o piedra que hoy se ve también existía en aquel entonces, pero estaba en el centro, en lo profundo de las aguas, sin bajos laterales, sin formar fuerte marejada porque caía perpendicularmente de la superficie al fondo, en forma que los buques podían pasar sin riesgo por cualquier lado junto a ella. Velasco dice, que el puerto de Caráquez fué el mejor de todos, pero que se inutilizó a poco de la llegada de los españoles por la formación de numerosos bancos de arena.

Alcedo en su Diccionario Geográfico afirma que en su época (fines del siglo XVIII) se veían algunos vestigios de la ciudad de Caráquez en la desembocadura

del río Chone, y que la bahía de la punta austral de la Bellaca a la punta boreal de Jaca tiene dos millas y media de ancho.

VIII

En Portoviejo.

Establecida la paz con los Caráquez los españoles siguieron avanzando en sus conquistas. Entraron al territorio de Portoviejo y de seguro que fueron pasando por Picoazá, que estaba entonces en la desembocadura del río, por Jaramijó, y fijaron su residencia en Manta, situada a orillas del mar a 56' y 52" latitud sur. Antes de 1535 los cronistas dan a veces a Manta el nombre de Postoviejo; conviene no olvidarlo para evitar errores. Lizarraga dice: "Este reino (Portoviejo) tomando por lo que hablamos los españoles es angosto y largo: comienza desde el puerto de Manta o mejor dicho plaza de Manta, por otro nombre Portoviejo". En este lugar fue donde hallaron los españoles estatuas de hombres y mujeres desnudos esculpidos en piedra, de dimensiones gigantescas; estatuas con vestidos tales y mitra en la cabeza, representaciones de héroes o de dioses. Bollaert dice que las estatuas de gigantes, unos desnudos y otros con insignias sacerdotales, tenían ocho pies de alto. Como es natural los españoles destruyeron por deshonestas estas figuras, y por este hecho hay que juzgarlos de conformidad con la época y la implantación de la moral cristiana que perseguían, y no con el actual adelanto de los estudios de prehistoria. Hoy las estatuas que se suelen hallar en las excavaciones no suelen tener más de un metro de altura. El uso de vestidos con insignias sacerdotales es frecuente hallarlo en las figuras excavadas de

las ruinas, y en el tomo 2º de Saville sobre "Antigüedades de Manabí" puede verse en la plancha V número 6 un indio vestido con una casulla en forma parecida a la de nuestros sacerdotes católicos.

Estas estatuas condujeron a los españoles a creer en la existencia de los gigantes en épocas anteriores, y Zárate afirma, que los conquistadores vieron esculpidos en Portoviejo figuras macizas de estos gigantes representando ya un hombre ya una mujer.

Los indios de Portoviejo (Manta) eran robustos, superticiosos, valientes; vivían en casas de madera y estaban en guerra cuando entraron los españoles; esto último los obligó a recibir bien a los nuevos huéspedes, aunque solo aparentemente, pues al decir de Herrera envenenaron las aguas e hicieron que apareciese nuevamente la enfermedad de las berrugas, que no tuvo felizmente las graves consecuencias que en Coaque, sin duda por lo seco del clima en la estación del verano (Julio).

Pizarro, visto lo delicado de la situación, ordenó a su gente que no hiciese desórdenes.

Estos indios, según Herrera, como los de Passao y hasta Salango acostumbraban, hombres y mujeres, labrarse o hacerse incisiones en el rostro de la parte superior de la oreja hasta la barba, en un ancho que variaba según el gusto de cada individuo, unos casi todo el rostro y otros sólo pequeña parte de él. Los de Caráquez no se labraban el rostro, en cambio se achataban la cabeza, según decían ellos para ser más sanos y resistir más al trabajo. Muchos historiadores, no obstante el testimonio de Garcilazo, niegan que la práctica de achatarse la cabeza haya existido entre los indios de Passao. Los primeros cronistas confunden las costumbres de los diversos pueblos manabitas y no es fácil llegar a conclusiones exactas sin un estudio más escurpulozo de las fuentes y las ciencias auxiliares de la proto-historia.

Los indios de Portoviejo vestían mantas y camisetas de algodón y algunos de lana y se adornaban el cuerpo con joyas de oro. Eran sodomistas en sus cos-

tumbres y tenían como injuria la virginidad en la novia, porque estimaban que debía ser fea y no tener cualidades de esposa la mujer que nadie antes de ellos hubiese elegido. Esto se explica porque en el grado inferior de su cultura el amor iba enseguida a su fin, y no concebían el amor y la abstención propia de pueblos de mayor cultura.

Fue en este lugar, el pueblo de Portoviejo o sea Manta, afirman Zárate y Herrera, que llegó al tercer buque que había sido enviado a Nicaragua; como Nicaragua estaba más lejos era muy natural que llegase después de los dos que habían sido enviados a Panamá. Aquí llegaron Sebastián Benálcazar, el futuro conquistador de Quito, con 30 hombres y 12 caballos, y le acompañaban Juan Flores, Mogrevejo de Quiñones, Juan de Porras, Francisco de Fuentes, Diego Prieto, Francisco Martínez, Alonso Beltrán, Juan Fernández, y según opinión de algunos modernos Fray Marcos de Niza citado por el P. Velasco. Estete pone la llegada de este buque en Puná, pero no parece estar en lo cierto, y éste y otros errores han inducido a muchos a creer que su crónica ha sido escrita mucho después de los sucesos. También puede sostenerse que el buque llegado a Puná fue distinto del llegado a Portoviejo y esto nos parece lo más acertado, dado el testimonio de un cronista tan digno de crédito como Estete, quien difícil es que se haya equivocado en un suceso como el que nos ocupa.

En Manta, muy rico en oro, plata y esmeraldas, los indios debieron haber tenido noticia anticipada de la llegada de los españoles lo que les permitió esconder los preciosos metales de su templo y de las habitaciones particulares en sitios seguros. A esta ciudad y quizá también a Colonchi debe haberse referido el manuscrito de Viena cuando dice que en la costa de Manabí había ciudades amuralladas de piedra, con torres y fortalezas.

De Manta siguieron los expedicionarios adelante. Los cronistas son parcos en noticia de este viaje, pero si nos atenemos a datos de anteriores expediciones, frente a las de Plata hallaron un pueblo de calles bien trazadas,

de mucho orden y justicia y junto a las casas sembrados de hortalizas. Los indios eran de estatura ligeramente superior a los de Coaque y las mujeres más blancas y mejor ataviadas.

Pizarro en su afán de ir sometiendo los pueblos no quiso ir por mar sino por tierra. El largo camino a través de la arena removida por los vientos, pues la marcha era en verano, cegó a algunos. El sol ecuatorial cayendo verticalmente sobre la tierra caldeada, las armaduras de hierro y los justillos de algodón, que les harían entrar en un calor insostenible, las enfermedades, el ataque de los indios, las montañas de oro que habían soñado encontrar y no aparecían fueron un obstáculo para no seguir muy alegres en la marcha. Así llegaron frente a Puná. Estando para pasar a ella algunos soldados expresaron su deseo de regresar a Portoviejo (Manta) y fundar allí una ciudad española y descansar de tantas fatigas. Aun en los rigores de la adversidad el conquistador no cifraba su ideal en regresar a vivir a España sino en llevar una vida feliz en América.

Este amor a la tierra conquistada fué lo que hizo el prodigio de crear aquende el Atlántico, de México a la Tierra de Fuego, una segunda España.

Pizarro, para eludir estas peticiones dijo, que era peligroso dar a entender a los indios que se les huía. Y con la amabilidad de su carácter y el heroísmo de sus hechos convenció a los reacios y pasó a la isla. Sale de nuestro objeto narrar lo acontecido fuera de Manabí. Ligeramente diremos que estuvieron en Puná seis meses, pasaron de allí a Tumbes donde permanecieron tres meses más, y de Tumbes iniciaron la marcha al interior del Perú el 16 de mayo de 1532 y entraban a Cajamarca el 15 de Noviembre del mismo año. A poco cayó el imperio de los incas y Atahualpa, último soberano de incas y shiris, fue ejecutado el 29 de Agosto de 1533.

Ahora, una digresión. ¿De dónde viene el nombre de Portoviejo? Fray Reginaldo de Lizárraga afirma que el nombre le viene a la comarca de un pueblo de españoles así llamado, que dista de la costa de ocho a die-

leguas. Pero es lo cierto que mucho antes de fundares el pueblo, los conquistadores conocían la comarca con el nombre de Portoviejo y daban el mismo nombre a la ciudad indígena de Manta, como hemos visto.

La navegación de Panamá al sur es muy difícil. Herrera dice que los meses más a propósito son enero, febrero y marzo por la ausencia de vendabales. Y esta afirmación quizá está confirmada por haber hecho Pizarro trece días, en su tercer viaje, de Panamá a Esmeraldas. Pues bien, a este respecto dice Garcilazo, que los primeros navegantes no solían apartarse más de treinta o cuarenta leguas de tierra, por el temor de que más afuera sobrevinieran grandes calmas que paralizasen la navegación. Draque fue el primero, dice, que enseñó a los buques de vela abrirse hasta doscientas leguas para buscar viento favorable. En cierta ocasión un buque venía hacia el sur. El viento le era contrario. Llegó a un punto frente a la costa manabita y se abrió treinta o cuarenta leguas hacia afuera a la bolina, como se dice, buscando viento y llegó después de mil esfuerzos al mismo lugar. Repitió la operación seis, siete veces y el viento y las corrientes le eran tan desfavorables que volvía siempre al mismo sitio. Un marinero fastidiado de la maniobra exclamó: ¡oh ya este puerto es viejo! Y desde entonces la comarca recibió el nombre de Portoviejo. ¿Qué hay de verdad en lo referido? El lector sabrá apreciarlo.

Haremos notar que el Garcilazo pone este suceso hacia 1.515 y es muy probable, que el primero que visitó las costas manabitas fue Ruiz en 1.526. Con todo la relación de Garcilazo nada tiene de inverosímil, porque el océano Pacífico o Mar del Sur había sido descubierto por Balboa en 1.511.

IX

Diego de Almagro en las costas Manabitas

Con los buques que llegaron a Coaque en 1.531 Al-

magro mandó decir a Pizarro que pronto iría. Pero desde entonces había pasado mucho tiempo, y como no recibiese Almagro noticia alguna llegó a temer por la suerte de su compañero. Y salió a buscarlo en un navío con 158 españoles y 50 caballos. Iba de piloto el célebre navegante Bartolomé Ruiz muy conocedor de la costa de Panamá al sur. Llegaron a San Mateo de Esmeraldas y allí vieron arribar otro navío español. Venía de Nicaragua al mando de Francisco Godoy e iba también al Perú en ayuda de Pizarro. Almagro propuso a Godoy hacer juntos la travesía, éste al principio se resistió porque no era ese el objeto de su viaje, pero los suyos le hicieron ver que ayudar a Almagro era lo mismo que prestar ayuda a Pizarro y convino en aceptar la propuesta.

Como supieron que Pizarro había seguido por tierra tomaron la misma ruta con el fin de encontrarlo. Los dos navíos iban costeano junto a ellos. Llegaron en tal forma a Passao. Los indios les decían que la gente que buscaban iba adelante, pero ellos no les daban completo crédito por falta de confianza en los intérpretes. Para mejor cerciorarse de la verdad, en Passao se resolvió que un buque se adelantase a inquirir noticias. Almagro y los suyos continuaron la ruta por tierra. El camino fue difícil; padecieron grandes trabajos; pasaron inmensos pantanos, ríos; la comida llegó a faltarles. Cuando llegaron a Portoviejo (Manta) habían muerto treinta españoles. El navío entre tanto había llegado a Santa Elena, y como no tuviese la menor noticia de Pizarro regresó con la desconsoladora nueva. Doble tormento para la gente de Almagro, dice Herrera. ¿Habría perecido el valiente compañero de aventuras con todo su séquito a mano de los indios? ¿Ellos, los de Almagro y de Godoy, después de tantos trabajos habían de regresar a Panamá y Nicaragua pobres como vinieron? Sí, no había otra cosa que hacer, de tal manera opinaron algunos, pero otros, los más, quisieron quedarse donde estaban y fundar en tal sitio una ciudad española (Portoviejo). Pero antes de proceder a las formalidades de la fundación se mandó otro buque para que fuese a

inquirir noticias aun más al sur de donde había ido el primero. Este buque llegó a Tumbes, Vieron balsas peruanas en gran número y los indios que estaban en ellas les dijeron hallarse Pizarro en Tangarara. Allí mandaron mensajeros los del buque, y Pizarro al cerciorarse de lo ocurrido mandó decir a Almagro que viniese y le hizo saber la captura de Atahualpa y más sucesos de importancia. El navío regresó a Manta a dar cuenta de sus investigaciones, y Diego de Almagro y Godoy con los suyos, en total unos doscientos hombres, resolvieron continuar la marcha de Portoviejo (Manta) en adelante a juntarse con Pizarro.

Como es sabido Almagro estuvo en Cajamarca, conversó con Atahualpa y tomó parte en los sucesos que acabaron con la monarquía de los hijos del Sol.

X

El viaje de Pedro Alvarado.

Pedro de Alvarado, uno de los capitanes de Hernán Cortés, se hallaba de Gobernador de Guatemala y desde allí mandó a García Holguín de Cáceres a tomar noticias de las tierras y sucesos del sur. Cáceres desembarcó en Portoviejo (Manta) donde estaba de regreso de Cajamarca Juan Fesnández, quien como se recordará se incorporó a Pizarro en el tercer buque venido de Nicaragua al mando de Sebastián de Benalcázar.

Fernández informó que en Quito había grandes riquezas y que aquel reino no estaba sometido a Pizarro ni caía bajo su distrito. Como Alvarado tenía orden del

Emperador de conquistar y someter nuevas tierras, siempre que éstas no estuviesen dentro de los límites de anteriores concesiones; creyó llegada la oportunidad de apoderarse de aquel reino de Quito. Las autoridades de Guatemala le hicieron ver que Quito caía dentro de la jurisdicción de Pizarro y Alvarado contestóles, que no importaba, que si era así vendría entonces a ayudar a Pizarro en la conquista. Y preparó la expedición. A los treinta días llegaba al cabo de San Francisco (Manabí) y temeroso de irse contra las órdenes del rey, que le prohibían entrar a conquistar en tierras cedidas a otro quiso desistir de su propósito y seguir más al sur aun, donde nadie pudiera alegarle derecho. Pero la navegación se tornó difícil y principiaron a morir los caballos que en aquella época valían en el Perú de tres a cuatro mil pesos cada uno. Por esto y para satisfacer las exigencias de su gente cansada de la penosa travesía, desembarcó en Caráquez, el 10 de Febrero de 1534, con 500 soldados españoles, numerosos indios y 227 caballos. Venían en seis navíos de trescientas, ciento setenta, ciento cincuenta, ciento cincuenta, sesenta y cincuenta toneladas y además dos carabelas. Era la armada más formidable que hasta entonces había recorrido las costas del Perú. Acompañaban al conquistador algunas mujeres españolas y muchas indígenas.

Ya en tierra, Alvarado procuró calmar las rencillas para que reinase la concordia y la fidelidad indispensable en la conquista. El ejército lo organizó así: Maese de Campo, Diego de Alvarado, su hermano; capitanes de a caballo; Gómez de Alvarado, Luis Moscoso y Alonso Enrique Alvarado; capitanes de infantería N. Benavides y Mateo de Lezcano; Alférez general, Francisco Calderón; capitán de guardia, Rodrigo de Chávez; justicia mayor, el licenciado Caldera, y alguacil Mayor, Juan de SAVEDRA. Venían también en la expedición, Garcilazo de la Vega, padre del célebre historiador de este nombre, Juan de Ampudia, Juan Enrique de Guzmán, Pedro Puelles, Gómez de Estacio, García Holguín, Pedro de Villareal, Diego Pacheco, Cristóbal de Ayala,

López Ortiz de Aguilera, Rada Morales y otros posteriormente muy conocidos como fundadores de villas y ciudades o como personas importantes en las guerras civiles del Perú.

Ordenó Alvarado que su gente esperase en Caráquez su regreso y que los navíos siguiesen por agua a Portoviejo (Manta); él con los de a caballo se adelantó para entrar por sorpresa a Manta, donde esperaba hallar grandes riquezas. Y no se engañó; a los indios les cogió de súbito la invasión y no tuvieron tiempo de esconder nada.

Alvarado, al decir de Cieza, halló jarrones llenos de oro, plata, piedras preciosas y esmeraldas. Tuvo noticia de que el señor del lugar tenía una gran esmeralda, que los naturales adoraban, pero no le fue posible dar con ella. Era la famosa diosa Umiña.

Los buques habían llegado a Manta. Satisfecho Alvarado del botín ordenó que Juan Fernández siguiese con parte de los navíos al sur de la Gobernación de Pizarro en busca de nuevos descubrimientos, y que fuese tomando posesión de los puertos por auto y testimonio de escribano, y que la otra parte de los navíos regresase a Nicaragua a traer más soldados y auxilios. Cumplidas estas órdenes volvió a incorporarse con su gente de a pie que había quedado en Caráquez. Un indio de Manta le había hablado de las grandes riquezas de Quito y se le había ofrecido a servirle de guía en el viaje. En esa tierra no habían puesto la planta aun los conquistadores españoles. A pesar de tales noticias, Alvarado, dice Herrera, juzgaba un exceso meterse a Gobernación ajena; pero los suyos alborotados con las noticias del indio de Manta le insistieron en marchar a Quito. Y consintió en ello. A los dos días llegaron a un lugar de ramadas donde por falta de agua fueron atormentados de la sed. Avanzaron otra jornada y entraron a la Provincia de Jipijapa. En uno de esos pueblos hallaron mucho oro, plata y esmeraldas; estas últimas eran grandes, finas y ricas, pero los españoles por no conocerlas no las estimaban y se dice que a poco precio un joyero de la

expedición compró muchas de ellas. Hallaron vestidos, o armaduras, de planchas de oro para armar cuatro hombres. Estos vestidos estaban claveteados con clavos del mismo metal, las laonas tenían cuatro dedos de ancho y los morriones estaban cuajados de muchas esmeraldas. Entre los incas era común llevar planchas de oro y plata sobre el pecho como adorno y señal de distinción de los indios nobles. ¿Estas cuatro armaduras de oro halladas en la provincia de Jipijapa serían simple adorno o cubiertas defensivas para el combate? ¿Serían de factura incaica o netamente manabita? Difícil es dar una respuesta definitiva, pero creemos que eran armas defensivas de origen netamente manabita. Como la civilización manabita es más antigua que la de los incas mayor imitación hay del Perú a Manabí que viceversa. Entusiasmados los conquistadores con tantas riquezas llamaron a Jipijapa, el pueblo de El Oro. Todo lo saqueaban y lo tomaban para sí como si todo fuese RES NULLIUS y todo les parecía poco con lo que pensaban hallar en el Quito. Mas de cuatro meses estuvo Alvarado en Manabí, tres según Sancho y hasta cinco al decir de otros cronistas. Fue cruel para con los indios. En Manta tomó una partida de naturales y los obligó a seguir en la expedición bajo el peso de sus cargas. A otros indios les obligó a engrosar su ejército, a muchos los persiguió como a fieras y ahorcó a unos pocos por fútiles pretextos. Se dice que cuando salió de Jipijapa, en el camino de Paján hizo ahorcar al Régulo de Manta en un árbol por la sospecha de que hubiese mandado decir a los caciques que se ocultaran para no sufrir los vejámenes de los expedicionarios. Siguieron adelante en la marcha y hallaron un pueblo que llamaron de las Golondrinas por las muchas aves de esta clase que había en el lugar. A poco desaparecieron los guías de Manta y se hallaron sin saber qué rumbo seguir. En el afán de buscar camino y salir del laberinto de la selva el capitán Luis de Moscoso partió por otra ruta y descubrió los pueblos de Vacain y Chonana donde pudo recoger algunos víveres y se tomaron algunos

indios. Gómez de Alvarado yendo al norte descubrió el pueblo de Guayal y el capitán Jorge Benavides yendo al oriente descubrió el pueblo de Daule. Con motivo de los descubrimientos de Vacain y Chonana observaron que los indios de Guatemala que llevaban en la comitiva habían sido verdaderos antropófagos que se comían a los indios manabitas que lograban capturar o llevaban consigo. Pasaron el río Daule y entraron a la provincia de los Chumbos, que según Herrera pertenecía aun a la provincia de Portoviejo.

Mas adelante, dice el cronista que acabamos de citar, unas ciénagas interrumpieron el paso y a ser la estación lluviosa de seguro que no las hubieran podido pasar. Dieron después con una pequeña población y luego con una más grande. Un volcán les inunda con una lluvia de ceniza. Una extensión de aguas profundas les obliga a construir un puente para el paso de los caballos. Llegan a un río de nombre Chongo, a un pueblo llamado Noa y se internan a continuación en un laberinto de la selva. Tienen sed y a falta de arroyos hallan agua muy fresca dentro de las cañas guadúas que les interrumpen el camino. El hambre les atormenta. El caballo que se muere les da carne para un exquisito banquete. Ni culebra, ni lagarto, ni bicho alguno es perdonado para satisfacer las necesidades del estómago. Célebre se hizo una perra a la que mataron para dar carne más delicada a los enfermos y utilizar los riñones como remedio. Entran a un pueblo donde hallan sal y unas doscientas cincuenta ovejas. Fue éste un hallazgo de mayor utilidad que el oro de Manta y Jipijapa. Siguen adelante y tienen que atravesar unas sierras de nieve; los indios de Guatemala y Manabí acostumbrados a climas más cálidos y faltos de ropa mueren helados en inmenso número, otros ciegan, otros pierden los dedos de los pies. Entre los españoles no dejan de haber también muchas víctimas, pero en menor número por lo fornido de la constitución, por el mejor trato y abrigo y por su mayor resistencia al clima frío. Entre las nieves han quedado los cadáveres de quince castella-

nos, seis mujeres españolas, cosa de dos mil indios y muchos negros. El oro de la expedición no hay quien quiera llevarlo y se hace decir por boca del pregonero: que cualquier individuo puede tomar de las cargas lo que desee sin otra condición que pagar el quinto al Rey. Todos se ríen del pregonero y las cargas de oro quedan abandonadas en el camino. La Providencia castigaba a los ladrones del oro de los indios manabitas. Llegan al pueblo del Ajo, a Pasí a Quizapincha y por fin entran a Ambato. De la costa a este lugar han perecido 85 castellanos. Y oh desengaño. Antes de Alvarado, en abril de 1534 Benalcázar como teniente de Almagro había entrado en Quito y algún tiempo después el mismo Almagro entraba en Riobamba, y decía que Alvarado no tenía provisión del Rey para la conquista.

La venida de Benalcázar a Quito no había sido casual. Por la llegada de la flota de Juan Fernández a Piura a fines de marzo (1534) supo Benalcázar las intenciones de Alvarado y se adelantó a ellas.

No entra en nuestro propósito narrar las fundaciones de Santiago y San Francisco de Quito para la preeminencia de la conquista; bástanos saber que vinieron los arreglos entre los dos caudillos y que Alvarado convino en retirarse del Perú y entregar la gente y los navíos a Pizarro (Francisco) por la suma de 120.000 pesos oro según Herrera y 100.000 según la escritura de arreglo de 26 de agosto de 1534, a la que naturalmente hay que darle mayor crédito.

Los pocos indios manabitas salvados de la expedición quedaron libres para regresarse a su tierra y así lo hicieron. Alvarado dejó muy mal puesto su nombre entre los indios y también entre los españoles, quienes lo censuraron haber preferido el dinero al honor. Pero la subida desde Manabí a la Sierra, en las condiciones que lo verificó, es una acción tan heroica que tendrá siempre lugar preferente en la historia de la conquista.

González Suárez dice que Alvarado tramontó la cordillera en agosto por el cerró de Casahuala. Nos parece verdadero su dicho; pero añade que anduvo perdi-

do en los bosques del litoral en los meses de febrero, marzo y abril, y aquí creemos que yerra el ilustre historiador. Alvarado permaneció cuando menos tres meses en Manabí, y precisamente al comienzo de la estación seca, en mayo o junio inició la marcha; no obstante tuvo que tropezar con el inconveniente de las lluvias porque en los bosques más al interior, el invierno se prolonga más. Por el camino que siguió le hubiera sido imposible atravesar en pleno invierno la zona anegadiza entre los ríos Daule y Babahoyo.

Después de los arreglos, Benalcázar quedó en la provincia de Quito como teniente de Gobernador y Alvarado siguió con Almagro al sur a entrevistarse con Pizarro. Desde San Miguel mandó a García de Holguín a Portoviejo para que entregase la flota a Diego de Mora, capitán de Almagro, y él siguió a Pachacamae donde recibió los 100.000 florines de manos de Pizarro y se retiró poco después a su gobernación de Guatemala.

X I

Fundación de Portoviejo

Hallándose Almagro en San Miguel supo por los mismos soldados de Alvarado los abusos cometidos por éste contra los indios de Manabí y los que continuamente se cometían. La justicia exigía protegerlos. Y el interés también, porque Manta era lugar de arribada forzosa para proveerse agua y víveres los buques que hacían el tránsito de Panamá al Perú. Los indios que al principio trataban bien a los blancos se insurreccionaron con

ahorcada de su Régulo y de los mil abusos cometidos, y los navíos españoles, afirma Jerez, que antes se proveían en Manta de cuanto necesitaban para continuar la navegación no podían ya hacerlo, con gran daño de los conquistadores, porque la codicia del oro había levantado la guerra donde existía la paz. El español que saltaba en Manta era muerto indefectiblemente a mano de los indios, y los mismos navíos de Alvarado que venían detrás de él tuvieron que ir a efectuar el desembarco en Santa Elena, porque en Manta no le permitieron a ningún blanco poner pie en tierra. Por otra parte, como los españoles de aquella época no se arredraban ante las dificultades, muchos de ellos procedentes de Tierra Firme (Panamá), Guatemala, Nicaragua, México atraídos por las riquezas del Perú desembarcaban en Manta, protegidos de sus armas de fuego, y cuando lo habían logrado cometían con los indios toda clase de iniquidades no sólo en Manta sino en toda la costa manabita.

Tanto para proteger a los naturales como para dar garantías y recursos a las naves españolas que allí debían tocar resolvió Almagro fundar una ciudad en la provincia de Portoviejo, y con tal fin mandó al capitán Francisco Pacheco, hombre valiente, que bajo las órdenes de Benalcázar había acompañado a éste en la primera expedición a Quito y entre sus acciones de armas contaba la de haber puesto en derrota a Rumiñahui con 40 castellanos. En Zoropalta cuando se adelantó Benalcázar con 30 hombres quedó Pacheco al frente de la expedición castellana; era por consiguiente el segundo Jefe de ese puñado de valientes que penetraron audazmente al reino de Quito para combatir con los heroicos defensores, Rumiñahui, Zopezopagua, Quingalumba, Raurau, Quizquiz y Guaipalco, indígenas nativos de la hoy República del Ecuador que defendieron el territorio palmo a palmo hasta caer vencidos en la contienda.

No pertenecía Pacheco a los castellanos bisoños sino a los prácticos o vaqueanos a quienes, según Herrera, por honor se los llamaba chapetones en estos primeros tiempos de la conquista. Para cumplir el encar-

go salió Pacheco con la gente necesaria de San Miguel de Piura, primera ciudad española en el Perú fundada por Francisco Pizarro en 1.532, y desembarcó en Picoazá, que era entonces una población indígena en la ribera del mar, junto a la desembocadura del actual río Portoviejo. Como era época de la estación lluviosa las vías de tierra estaban intransitables y el único camino era el río, de fácil navegación por la abundancia del caudal de agua. El terreno no lo habían levantado las avenidas de cuatro siglos al nivel en que hoy está. Es probable que los españoles subieron aguas arriba en embarcaciones menores, y Portoviejo fue fundado, dos leguas tierra adentro, distante otras dos leguas del cerro de Montecristi, según el testimonio de Cieza de León, poco más o menos en el actual sitio de El Higuerón a juzgar por las distancia y datos que nos dan los primeros cronistas.

Así quedaron cumplidos los deseos de los soldados de Francisco Pizarro y más tarde de Diego de Almagro que desde antes habían querido fundar una ciudad en la provincia de Portoviejo. La población se la fundó a nombre del Emperador Carlos V de Austria y primero de España y se la llamó Villanueva de San Gregorio de Portoviejo, en honra del gran pontífice de la Iglesia, cuya fiesta se celebraba en ese día (12 de marzo de 1.535). La prerrogativa de ciudad con escudo y privilegio no la adquirió sino más tarde, pero se decía ya en 1584 que el escudo se había quemado en uno de los varios incendios que hasta hoy han sido el flagelo en las poblaciones de la costa.

El señor José Rumazo González al referirse a la busca de este Escudo en los Archivos de Sevilla dice, que no es fácil dar con él, porque por disposición reglamentaria los Escudos han sido entresacados de los legajos para exhibirlos en las vitrinas de los salones de cartografía.

Una fundación española tenía siempre junto a sí una iglesia, costumbre que aun hoy se sigue en las poblaciones manabitas: la capilla o iglesia es la primera

obra que se ha de levantar cuando se quiere elevar un caserío a la categoría de pueblo.

La iglesia que se construyó para la fundación de Portoviejo corrió a cargo de Fray Miguel de Santa María, de la orden de los mercedarios, y él fue también el primer párroco. Se la puso bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced, y el día de esta advocación, 24 de setiembre, sigue siendo al cabo de cuatro siglos la principal fiesta religiosa y profana de la ciudad. Estuvo también en la fundación de Portoviejo el mercedario Fray Dionisio Castro y probablemente Fray Gonzalo de Vera, ahorcado más tarde por el famoso demonio de los Andes Macse de Campo, Francisco de Carvajal.

El convento que levantaron los P.P. Mercedarios en Portoviejo fue el primero de esta orden en los dominios de Atabaliba. Muchos han creído que fue el segundo y que el primero corresponde a Quito (1534), pero el R. P. Fray Vicente Ortega dice, que el convento de los mercedarios en Quito sólo se fundó el 4 de abril de 1537 y que fue su provincial el R. P. Hernando de Granada.

Un religioso franciscano desde las columnas de "El Comercio", ha rebatido, con sobra de argumentos, la opinión de que el convento de los mercedarios se estableció en 1534 con la fundación de la ciudad de Quito.

A Fray Miguel de Santa María sucedió quizá Fray Pedro de Vera, pues éste en una declaración de 1537, publicada en el Boletín de la Academia Nacional de Historia (Vo.X, Núms. 27-29) dice refiriéndose a época anterior, que siendo vicario de la iglesia parroquial de Portoviejo vió a Antonio de Rivera con el capitán Francisco Pacheco ocupado en el descubrimiento y pacificación de aquella provincia.

González Suárez afirma que los mercedarios, fundadores de la primera iglesia de Portoviejo rechazaron los ofrecimientos del cacique del lugar, quien quiso darles oro en polvo, esmeraldas y las mejores doncellas, hijas de los principales, a su elección para el servicio. No todo en la conquista fue ambición de riquezas y pode-

río material; hubo también almas abnegadas, sobre todo entre las órdenes religiosas, que se sacrificaron por sublimes ideales cristianos.

Los primeros pobladores de Portoviejo fueron Nicolás de Villacorta, Hernando Agustín Holguín, Enrique Rodríguez, Cristóbal de Burgos y probablemente Rodrigo de Vargas y Guzmán. Los papeles del reparto de solares, de época algo posterior, existían en una de las escribanías de Portoviejo donde tuvo ocasión de verlas el que escribe estas líneas, pero se quemaron en el incendio del 17 de enero de 1.925.

Portoviejo fue la segunda ciudad fundada en lo que es hoy territorio ecuatoriano, a menos que se cuente a Santiago de Quito como fundación de Riobamba en cuyo caso Portoviejo ocuparía el tercer lugar. El fin principal de la fundación fue el que impulsaba la obra de los conquistadores: extender el dominio de España en tierras de América y el vivir en amistad fraternal con los indios. Fines bastardos y crueldades los hubo y muchos, por la distancia de la metrópoli y porque la conquista no siempre fue posible establecerla definitivamente sino a base de la guerra, guerra que no es posible dulcificarla en la realidad como se la dulcifica en los libros a base de especulaciones pacifistas, no siempre conducidas de buena fe, y q' parten por lo común del falso supuesto de que es posible la armonía humana dejando abiertas todas las puertas al mal (liberalismo). El Gobierno español q' no permitía en la metrópoli el matrimonio de sus hijos con árabes y judíos, prohibía que se embarcasen para América las mujeres solteras a fin de obligar a los conquistadores a tomar esposa indígena. Este hecho dice lo bastante sobre el espíritu que animaba la fundación de las ciudades en tierras de América.

La fundación de Portoviejo tuvo también fines militares y comerciales: proteger contra posibles invasiones de indios a Manta, pueblo fundado como español pocos días antes, si hemos de dar crédito a Cieza de León, y proteger la costa contra la audacia de conquistadores como Alvarado. La pacificación de Manta era

de imperiosa necesidad para la anclada de los buques que debían proveerse allí de agua y víveres.

Pero la fundación de una ciudad era un título de mucha gloria que no debía quedar sin disputa. Después de la fundación de San Francisco de Quito, 28 de agosto de 1534, Diego de Almagro partió de Riobamba al sur en compañía de Pedro de Alvarado, pero, dicen algunos cronistas, antes de partir dió orden a Pedro de Puelles, de los conquistadores venidos con Alvarado, para que bajase a la costa ecuatoriana y en el lugar que juzgare más a propósito fundara la ciudad de Portoviejo. Dicen otros que Almagro fue quien dejó a Benalcázar la orden de fundar Portoviejo y que Benalcázar encomendó el asunto a Pedro de Puelles. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Pedro de Puelles aparece en el acta de 28 de agosto, como vecino de la ciudad de Quito, nombrado por Almagro como uno de los regidores y que como tal absuelve el juramento por Dios e por Santa María e por las palabras de los santos Evangelios e por la señal de la Cruz de cumplir fielmente las obligaciones de su cargo.

Fundada la ciudad de San Francisco, en el territorio de Quito o Ecuador de hoy, los vecinos creyeron un deber suyo pacificar las tierras comprendidas bajo la denominación de Reino de Quito, y con este fin se mandó a Puelles a fundar Portoviejo. Por este motivo, en el acca de 6 de diciembre en que se establece la ciudad de San Francisco, según la fundación del 28 de agosto, no se cita a Pedro de Puelles, y el 22 del mismo mes, se procede a proveer el reemplazo de regidores, tanto de Puelles como de Melchor de Valdés, que por mandato del Teniente de Gobernador Dn. Sebastián de Benalcázar habían ido a conquystar e descubryr e pacificar camyno a la mar del sur. Así se dice en el Libro Verde.

Según estos datos Portoviejo debió ser fundado por los vecinos de Quito y sus fundadores en orden ascendente jerárquico serían: Pedro de Puelles, Sebastián de Benalcázar, Diego de Almagro, Francisco Pizarro y

Carlos V.

Pero no se sabe lo que haría Puelles desde agosto o cuando menos desde diciembre de 1.534 en que recibió encargo de fundar Portoviejo hasta el 12 de marzo de 1.535 en que fundó la ciudad Francisco Pacheco, de orden de Almagro, quien seguramente en vista de que Puelles no cumplía lo ordenado hizo el encargo a Pacheco. Lo cierto es que surgió un litigio entre Puelles y Pacheco, que Francisco Pizarro decidió a favor del último.

Puelles el 28 de marzo de 1.536 aparece en Quito, según el Libro Verde, reemplazando a Benalcázar que se había ido a la conquista de Quillacinga, y posteriormente su mala suerte lo llevó a militar entre los partidarios de Gonzalo Pizarro, fue asesinado y contado por España en el número de los traidores. Francisco Pacheco regresó a la Madre Patria, y en las contiendas entre Felipe II y Su Santidad Paulo IV hemos visto actuar en las negociaciones de paz, en 1.556, a un Dn. Francisco Pacheco, que sin más fundamento que el nombre y la época suponemos sea el mismo fundador de Portoviejo.

Cieza de León, teniente de Benalcázar y que como tal debía estar bien informado en este punto, dice que Pizarro dio a Pacheco orden de fundar Portoviejo; y en el Escudo de Armas que el Rey concedió a Francisco Pizarro el 2 de diciembre de 1.537 se pone entre los méritos de éste para la gracia concedida el haber fundado la ciudad de Portoviejo.

D'Amencourt en su "Revolución del 9 de octubre", dice que Almagro dió a Benalcázar orden de fundar una ciudad en la costa de Manabí, y que luego olvidando el encargo mandó a Pacheco a la misma fundación. No sería que olvidó el encargo sino que vió que no se cumplía. También pudiera ser que Almagro nada tuvo que ver con Puelles, y que Benalcázar, en ejercicio del cargo de que estaba investido e impulsado quizá por los vecinos de Quito, le ordenó fundar la ciudad. Que Benalcázar era bastante arbitrario en sus procedimientos lo

confirman sucesos posteriores; y que Quito vino a convertirse como en centro de las conquistas lo dicen los hechos: al norte mandó a Diego de Tapia a la conquista de Quillacinga, al sur fue a fundar Tomebamba, al oriente impulsó la expedición de Gonzalo Pizarro ¿sería difícil creer que al occidente se mandó a Pedro de Puelles a fundar Portoviejo?

Herrera cree que el verdadero fundador de Portoviejo es Gonzalo de Olmos. He aquí como refiere el suceso este historiador.

Hernando Pizarro había ido a España llevándole de tributo al Rey 155.000 pesos oro, treinta y ocho vasijas del mismo metal, un idolillo de oro macizo del tamaño de un niño; y plata y otras joyas. Refirió lo hecho por Alvarado y el Rey mandó prender a éste por haber ido contra su orden a la conquista de Quito, pues expresamente se le había advertido no se metiese en territorio cedido ya a otro.

De regreso de España, Hernando Pizarro se vino de Panamá al Perú precisamente en el mismo año de 1.535, y al llegar a Portoviejo y tener noticia de la disputa entre Pacheco y Puelles dejó de gobernador de la provincia al capitán Gonzalo de Olmos y éste fundó la ciudad. A Pacheco y Puelles los llevó consigo a San Miguel de Piura donde iba a juntarse con su hermano Francisco.

No está en lo cierto Herrera al afirmar que Gonzalo de Olmos fundó la ciudad; la verdad es que a la llegada de Hernando Pizarro a Portoviejo estaba ya fundado y Gonzalo de Olmos fue el segundo gobernador (el primero fue Pacheco). Pero es probable que Gonzalo de Olmos hizo un segundo traslado de la ciudad en el mismo año de 1.535, y confirma esta suposición el hecho de que Cieza dice que fue fundada a dos leguas de la orilla del mar, y Herrera afirma que a cuatro. En este traslado Portoviejo perdió la categoría de puerto y pasó a ser población interior como hasta la fecha sigue siendo.

Por lo demás Herrera está conforme con los otros

cronistas en que Portoviejo fue fundado con el nombre de Villanueva de San Gregorio. Respecto de Olmos asegura que éste hizo todo lo posible por hallar la mina de esmeraldas, piedras preciosas que abundaban por aquella época en Manabí, pero que no le fue posible dar con ella.

Fundado Portoviejo vino a residir en ella Francisco Orellana, el famoso descubridor del Amazonas, y cuando sucedió la sublevación de Manco Inca acudió con hombres y dinero en auxilio de Pizarro. Debelada la sublevación Pizarro en agradecimiento dió provisiones a Orellana para que conquistase con el título de Capitán General la provincia de la Culata y fundase allí una ciudad. Orellana entendió que la provincia de la Culata comprendía de la región de Cancebí inclusive a la de los Huancavilcas, y con este criterio fundó en esta última región la ciudad de Guayaquil. Guayaquil vino a ser fundada como ciudad del territorio de la Culata de la provincia de Portoviejo.

X I I

Guayaquil en la bahía de Charapotó

En la Historia General de los viajes, tomo XIII, se dice que Guayaquil se fundó primero en la bahía de Charapotó; y Dionisio de Alcedo escribe, que Guayaquil estuvo asentada primero en la antigua planta donde estuvo San Gregorio de Portoviejo. Quizá esta última opinión estribe en interpretar mal un error de Cieza, quien dice que junto a Portoviejo, dos leguas tierra adentro está la ciudad de Santiago. Portoviejo es Manta y Santiago San Gregorio, y el pasaje quiere decir: Junto a Manta, dos leguas tierra adentro está la ciudad

de San Gregorio.

Destruge asegura que Almagro había recomendado a Benalcázar que fundase dos puertos, uno en Cancebí y otro en el Golfo de Guayaquil, y que en realidad se hicieron esas dos distintas fundaciones que algunos cronistas confunden. Por fundada tenemos la opinión de Destruge, aunque a la palabra puerto hay que darle a veces el significado de entrada o puerta a un territorio o ciudad principal desde donde se inician las conquistas, así Herrera nos habla de puertos nevados de la cordillera que no significa otra cosa que puntos por donde es posible atravesar la montaña.

Por la época de los descubrimientos había que distinguir en Manabí las comarcas de Coaque, Passao, Caraquez, Cancebí y Calangane en la costa; el interior de la provincia no tenía denominación especial y los indios que la habitaban eran conocidos con el nombre de serranos. La comarca de Cancebí fue la que se transformó para los españoles en provincia de Portoviejo y llegaba por el norte hasta Manta y por el sur hasta Salango. Poco a poco esta provincia adquirió mayor extensión. Saville cree que antes de la conquista los indios llamaban Calangane el territorio que va de Atacames a Salango, pero no parece probable que antes de la invasión española la provincia tuviese un nombre general para designarla. Esto exige mayor unidad de pueblos y mayor cultura, unidad y cultura que por la época de la conquista había venido en Manabí muy a menos. El mismo imperio peruano carecía de un nombre. Tahuantinsuyo significaba sencillamente el mundo entero, los cuatro puntos cardinales, porque el súbdito incaico de ciertas regiones imaginaba que su monarca tenía dominio sobre todo el universo.

La idea de los españoles fue fundar en este territorio que llamamos hoy Manabí una ciudad principal que fuese centro de la conquista; y con este fin, como dice Destruge, se fundaron dos puertos, uno en Cancebí y otro en Guayaquil.

El puerto fundado en la región de Cancebí fué

San Gregorio de Portoviejo, sobre el río de este nombre que corría entonces por un cauco mas profundo que el de hoy y por donde la marea subía probablemente más arriba de donde fue fundada la primitiva ciudad española. En otro de nuestros estudios, Manta y Bahía en los primeros tiempos de la República hemos manifestado que hacia 1.830 era aun abundante en el río Portoviejo la concha prieta y el mangle, que sólo se dan en río, de marea o donde en alguna forma es posible la mezcla de agua dulce con la salada. Como recuerdo histórico existen aun algunos ejemplares de mangle de esa fenecida época.

Portoviejo tuvo que fundarse como puerto, por el río como única vía; no es concebible que los españoles fueran a encerrarse en pleno invierno en un lugar sin salida y rodeados de fango por todas partes. Con todos debemos advertir que aunque este río estaba mejor canalizado tenía como tiene en la actualidad menor caudal de agua que el que desemboca en Bahía; de ahí que Oviedo afirme a este respecto, que desde que se llega a buena tierra, es decir desde que se han pasado las tierras anegadizas del sur de Colombia y norte del Ecuador no hay hasta Tumbes sino tres ríos caudalosos, el de Bahía de San Mateo (Esmeraldas), el de la Bahía de Caráquez y el de que sale a Puná (Guayas).

El nombre de Portoviejo que se dió a la ciudad o villa obedece a tres motivos, primero que así se llamaba la comarca, segundo que fue realmente puerto aunque quizá el mismo año de su fundación perdió este carácter con la traslación de Gonzalo de Olmos, y tercero porque Portoviejo entre los españoles venía a ocupar el lugar de Manta entre los indígenas, tanto que no falta quien ponga la fundación española de Manta como verificada en la misma fecha, 12 de marzo de 1.535. Si a Portoviejo no se lo fundó en el mismo sitio de Manta fue seguramente por falta de agua dulce en el lugar.

Al llevar Pacheco la ciudad un poco adentro del río Portoviejo imaginó que ella en lo futuro ocuparía el rol de puerto preferido, pero erró en sus cálculos porque los buques no prefirieron los bajos de la desembocadura

del río Portoviejo a la hermosa ensenada de Manta. El recuerdo se perpetuó alterado en la tradición y Baleato, a principios del siglo anterior, escribía: "En la ensenada de Charapotó estaba a orillas del mar el pueblo de San Gregorio de Portoviejo" y en otro lugar: "en la ensenada de Manta a un cuarto de legua existen en la espesura del País las paredes del pueblo de Manta que fundó Pacheco en 1.535". Los datos no son del todo ciertos; Pacheco no fundó sino un pueblo, Portoviejo, que a veces se le confunde con Manta por falta de datos, y por distinguirse el espíritu que guió a los españoles en la fundación de la ciudad.

Este rol marítimo de Portoviejo es lo que se ha llevado a confundirlo con Guayaquil, porque a la idea de puerto se le añade también la confusión del nombre de Santiago con el de Gregorio, cosa que no es rara en los primeros cronistas, quienes hablan de la provincia y aún de la ciudad de Santiago de Portoviejo. Los españoles tenían tanta predilección por el nombre de Santiago q' aún a Piura la llamó Pizarro, Santiago en su primera fundación como puede verse en López d' Caravantes.

Como ejemplo de la frecuencia con que estas primeras fundaciones se confunde a Portoviejo con Guayaquil citaremos este hecho. Los fundadores de esta última ciudad en 1.527 fueron: Juan de Jaen, López de Acebo, Juan Fernández, Cristóbal de Villalta, Manuel Estacio, Francisco de Valverde y Diego Martín. No obstante, dos siglos más tarde, estos mismos individuos figuran como fundadores de Portoviejo en un informe que en 1.747 eleva a su Majestad el Rey de España, el procurador general Dn. Juan Robles Alfouzo.

El señor Temistocles Estrada, que con tan laudable empeño y con tan felices resultados viene adjuntando documentos para la historia de Manabí, en un valiosísimo aporte presentado al Concurso con motivo del cuatricentenario de la fundación de Portoviejo pone como fundadores de la ciudad a Baltazar de Ocampo, Nicolás de Villacorta, Francisco de Orellana, Hernando de Agustín Holguín, Diego Méndez, Enrique Rodríguez, Lo-

pe de Acevedo, Cristóbal de Burgos, Juan Fernández, Diego Martín, Juan de Jaén, Fray Miguel de Santa María de Orens, Fray Dioniso Castro, Presbítero Juan Bautista Galdín, Manuel de Estacio, Francisco de Olmos, Jerónimo de Villegas, Pedro Garzón, Diego de Pérez, Cristóbal de Villalta, Bartolomé Pérez de Burgos, Presbítero Onofre Esteban, Pedro de Vera, Juan de Avila Prieto, Agustín Briceño, Cristóbal Pérez, Francisco de Valverde, María de Figueroa de Manjarrez, Leonor de Robles, Enrique Díaz, José Goljón, Gaspar de Barriónuevo y otros.

Nosotros creemos que fue más modesta la fundación de la ciudad de Portoviejo y que en la lista que precede se han incluido nombres de los fundadores de Guayaquil y nombres de personas que vinieron posteriormente a Portoviejo.

XIII

Portoviejo contribuye a la fundación de Guayaquil

Como vimos, Pacheco gozó poco de su ciudad. En el mismo año de su fundación le sucedió en el mando el Capitán Gonzalo de Olmos.

En esta época y hasta 1.541 Portoviejo fué de mayor importancia que Guayaquil. Con dicha fundación se protegió a los indios de la codicia de los conquistadores y a éstos de las venganzas de los indios. Sus jueces y su Gobierno hacía que reinase relativa paz y los buques que iban de Panamá y otros lugares del norte del Perú hallaban víveres y auxilios de toda clase. No había navio que del norte pasase al sur que no se detu-

viere en Manta para descanso de la gente y provisión de lo necesario para el viaje. Y como Manta carecía de españoles los viajeros pasaban casi siempre a Portoviejo a distraerse un poco e inquirir noticias de la riqueza de la tierra y sobre sus esperanzas de hacer fortuna q' solía ser lo que más les interesaba. Los virreyes y gobernadores del Perú casi nunca dejaban de visitar a Portoviejo al venir a hacerse cargo del Gobierno.

Guayaquil había sido fundada el 25 de julio de 1.535, pero los abusos de los españoles con los indios obligaron a éstos a destruirla y de setenta vecinos sólo pudieron escapar con vida el gobernador y fundador Diego Daza y cinco compañeros, que en su fuga no pararon hasta llegar a Quito.

Daza y Pedro Tapia intentaron una segunda fundación, pero los huancavilcas los derrotaron y tuvieron que regresar a Quito. Francisco Pizarro que se hallaba en Lima, al saber lo acontecido envió al Capitán Zaera con fuerza suficiente a fundar de nuevo la ciudad y Zaera, después de reñidos encuentros con los indios, logró su objeto mediante capitulaciones. Por desgracia, Zaera tuvo que regresar al Perú para ayudar a Pizarro en la sublevación de Manco Inca y los indios aprovecharon la oportunidad para destruir de nuevo a Guayaquil.

Por esta época residía en Portoviejo Francisco Orellana. Su casa, dice Destruge, estaba abierta a los enfermos y necesitados: en ella encontraban éstos albergue, medicinas y toda clase de socorros. Orellana, amigo, paisano y pariente de Pizarro acudió a auxiliarlo en la sublevación de Manco Inca con 80 hombres, dinero y caballos y en compañía del gobernador Gonzalo de Olmes con 150 hombres. Vencido el inca, Orellana recibió de Pizarro orden de conquistar la provincia de la Culata y después de varios encuentros con los huancavilcas hizo la tercera fundación de Guayaquil.

Pizarro nombró a Orellana capitán general y teniente de gobernador de Portoviejo y Guayaquil, y ejerció el cargo con sede en Portoviejo desde 1.537 hasta 1.541, año en el que tuvo que marchar a Quito para se-

guir a Gonzalo Pizarro al Oriente, el país de la Canela, el Dorado. La provincia de Portoviejo por ésta época era tan rica, que Orellana no obstante ser un hombre derrochador y amigo de favorecer a los españoles en desgracia pudo contribuir con 40.000 pesos para la expedición al Oriente.

Apenas Orellana, el tercer gobernador de Portoviejo, se alejó de Guayaquil los indios se sublevaron en el mismo año de 1.541 y el Capitán Diego de Urbina que había quedado de gobernador en esta última ciudad tuvo que retirarse a Portoviejo con los archivos, cajas reales, armas, vecinos y tropa. Se reorganizó en Portoviejo y de regreso a Guayaquil volvió a reconstruir la ciudad.

Los indios pretendieron cercarla de nuevo con ánimo de destruirla, pero estaba en ella Rodrigo de Guzmán, español que llegó en la expedición de Alvarado y que había residido en Coaque, Bahía, Portoviejo, Jipijapa y últimamente en Guayaquil. Este leal caballero y buen católico, como le llaman las crónicas, viendo que era imposible resistir mucho tiempo salió cautelosamente de la ciudad con dos vecinos y se vino a Portoviejo donde contó lo acaecido y obtuvo que le acompañasen veinte valientes. Con ellos regresó a Guayaquil y derrotó a los indios que desde entonces no volvieron ya a atacar la ciudad.

Como en este mismo año de 1.541 ocurría en Portoviejo un incendio los vecinos, en su mayor parte, se trasladaron a Guayaquil con las cajas reales y archivo; y el resto reconstruyó la ciudad seis leguas tierra adentro. Desde este año principia la decadencia de Portoviejo y Herrera lo describe como ciudad pobre y noble, cuyos corregidores eran nombrados directamente por el Rey.

Alcedo refiere que en 1.628, el pirata inglés Jacobo Hermite saqueó la ciudad que estaba a orillas del mar y que con este motivo se trasladó a la hermosa vega de los ríos chico y grande. No es verdad este hecho, Alcedo confunde Portoviejo con Manta. Salazar de Villasante que estuvo en Portoviejo en 1566 asegura que la ciu-

dad estaba seis leguas tierra adentro; y Reginaldo de Lizárreaga que escribe en el mismo siglo XVI afirma que dista de ocho a diez leguas de Manta. Seguramente a causa de otro incendio Portoviejo tuvo una cuarta fundación, y decimos cuarta, porque ya en 1583 López de Atienza, vicario de Quito y contemporáneo de los hechos, que por lo mismo debió estar bien informado nos habla de tres fundaciones, que a nuestro juicio son, la de Pacheco, la de Gonzalo de Olmes y la ocurrida a causa del incendio de 1.541.

Respecto de la actual situación de la ciudad parece que no se ha efectuado traslación alguna de importancia desde el siglo XVI, y que desde entonces a la fecha, en que comienza a reaccionar, su vida ha sido de aristocrática pobreza. En la 3ª. parte de la Descripción de Guayaquil, a mediados del siglo XVII, se dice de ella, que S. Majestad la llama ciudad en sus cédulas y provisiones y que solía ser cabeza de todo el partido, pero que ahora ha venido a menos y por desprecio se la llama Culata; que el río Portoviejo, a cuyas márgenes se halla, tiene 20 leguas desde su orígenes hasta la ciudad y desde allí seis leguas más a la desembocadura. . . . que a dos leguas de la ciudad está otro río que llama Pimpiguasí donde antes había muchos indios.

Esta descripción no deja lugar a duda de que al principiar el siglo XVII. Portoviejo se hallaba poco mas o menos en el lugar donde ahora está. Respecto de que el nombre de Culata se le daba por desprecio no parece cierto, porque este nombre aparece muy temprano en la historia, aun en la época en que Portoviejo era superior a Guayaquil, y bastaría recordar que ya Orellana recibió facultades de Pizarro para conquistar la provincia de la Culata.